

CON
MEMO
RA

EDICIÓN 0



Guías de viaje en un
país armado

Columnas de **Ricardo Silva,**
Piedad Bonnet y **Omar Rincón**

¿Quién es la mujer detrás del
¡BASTA YA!?



CNMH
Centro Nacional de
Memoria Histórica

EL LIBRO NO ^{LO} ES TODO

Espere pronto El Informe General
sobre memoria y conflicto,
¡Basta Ya! en otros formatos:



Documental



**Crónicas
radiales**

Cortometraje



Podcast



**Aplicaciones
para teléfonos
inteligentes (App)**



Multimedia

**Resumen
periodístico**



**Micrositio
web**



Ya no hay pretextos para quedarse sin el ¡Basta Ya!

¡Hagamos memoria!

Revista Conmemora

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH)

Director General del CNMH

Gonzalo Sánchez Gómez

Coordinador editorial

Mauricio Builes

Diseño y diagramación

Andrea Leal
Ignacio Neuta
Daniel Clavijo

Editor fotográfico

Álvaro Cardona Gómez

Equipo periodístico del CNMH

Ayda María Martínez
Carlos Andrés Prieto Ruiz
Carolina Rodríguez Manrique
César Augusto Romero Aroca
Juliana Duque Patiño
Katalina Vásquez Guzmán
Tatiana Peláez Acevedo

Colaboradores externos

Piedad Bonnett
Ricardo Silva Romero
Patricia Nieto
Ómar Rincón
Pablo Pérez (Altas)
Pedro Correa Ochoa
MORPHART
Marcela Riomalo
Sebastián Riomalo

Preprensa e impresión

Imprenta Nacional de Colombia

Foto de portada

Álvaro Cardona Gómez
Luz Marina Vernal -
Líder del Colectivo Madres de Soacha.

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Consejo Directivo

Presidente

Gabriel Vallejo López

Director del Departamento

Administrativo para la Prosperidad Social

Mariana Garcés

Ministra de Cultura

María Fernanda Campo

Ministra de Educación Nacional

Alfonso Gómez Méndez

Ministro de Justicia y del Derecho

Paula Gaviria

Directora Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas

Gonzalo Sánchez

Director Centro Nacional de Memoria Histórica

Felix Tomás Bata Jimenez

Blanca Berta Rodríguez Peña

Representantes de organizaciones de víctimas

Asesores de Dirección del CNMH

Andrés Suárez, María Emma Wills, Martha Nubia Bello, Patricia Linares, Paula Andrea Ila, Luz Amanda Granados Urrea, Doris Yolanda Ramos Vega, César Augusto Rincón Vicentes

Directores Técnicos

Álvaro Villarraga

Dirección de Acuerdos de la Verdad

Ana Margoth Guerrero

Dirección de Archivo de Derechos Humanos

Juan Carlos Posada

Dirección de Museo de la Memoria

Martha Angélica Barrantes

Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica

Sonia Stella Romero

Dirección Administrativa y Financiera

Adriana Correa

Coordinación Equipo de Comunicaciones

ISSN 2346-4046



Centro Nacional
de Memoria Histórica

www.centrodememoriahistorica.gov.co

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

Teléfonos: (57 1) 7965060

Carrera 6 N° 35-29, barrio La Merced, Bogotá D.C.-Colombia

www.facebook.com/memoriahistorica

@CentroMemoriaH



OIM Organización Internacional para las Migraciones

Esta publicación es posible gracias al generoso apoyo del pueblo de Estados Unidos a través de su Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID). Los contenidos son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan las opiniones de USAID, del Gobierno de Estados Unidos de América o de la OIM.

EDITORIAL 3

CORTOS 4

CRÓNICA DE VIAJE 10
Guías de viaje en un país armado

REPORTAJE 18
El espejo de Camboya

CRÓNICA 22
Cicatrices en la memoria

PERFIL 25
La mujer detrás del ¡Basta Ya!

REPORTAJE GRÁFICO 28
Árbol adentro

REDES SOCIALES 34
Colombia pregunta. CNMH responde

MUSEO DE LA MEMORIA 36
El lugar de la memoria que soñamos

CORRESPONDENCIA 39
Entre cartas

INVESTIGADORES 42
¿Cómo investiga el CNMH?

OPINIÓN 44

CÓMIC 46
Derecho a la verdad



¿Conmemorar qué?

La primera frase del capítulo 6 en el informe *iBasta Ya! Colombia: Memorias de Guerra y Dignidad* resume la razón por la cual usted tiene esta revista en sus manos: “¿Qué vas a hacer con mi palabra?”. Es una pregunta habitual, casi un lugar común cada vez que salimos a terreno y hablamos con las personas que padecen y resisten la guerra. Nos cuentan detalles que, en algunos casos, jamás habían sido revelados. Nosotros –las personas que trabajamos en el Centro Nacional de Memoria Histórica- tomamos sus relatos como si se tratara de un acto íntimo. El valor de revelar los recuerdos.

CONMEMORA no tiene otra pretensión que reconocer a los verdaderos protagonistas de la guerra en Colombia. Alba en el Valle del Guamuez, Miguel en Medellín, Antún en Quibdó, Virgilio en Segovia, Delio en La India, Rosa en Planeta Rica, Luz Marina en Soacha, Manuel en La Chorrera. La gente nos está contando sus historias y nosotros se las contamos a ustedes. Reconocemos la importancia de los recuerdos y de los sentimientos que evocan esos recuerdos. Nuestros reflectores están puestos en las regiones.

Las grandes ciudades –donde esperamos llegar con esta revista- son cada vez menos la tribuna desde donde miramos, ajenos, el dolor de los demás. Hace rato que la guerra invadió las capitales pero la vida parece transcurrir como si nada pasara. ¿Anestesiados? **CONMEMORA** también es una invitación, formato revista, a la reacción: pequeños actos para no repetir el horror. Este será un viaje a un mundo de historias que están por toda Colombia, esperando a ser contadas, dibujadas y fotografiadas para quedar en la memoria de ustedes, los lectores. Para que no olvidemos. Para que nos repasemos, una y otra vez, y sigamos adelante.

Mauricio Builes

Los memoriales no son lugares comunes

Monumento a la Quema de Libros

(Denkmal zur Erinnerung an die Bücherverbrennung)

En el mismo lugar en Berlín donde 20000 libros fueron quemados en una hoguera pública el 10 de mayo de 1933, hoy se asoma una pequeña ventana en el suelo que deja ver, al fondo, las estanterías vacías de una biblioteca que representa el lugar de donde fueron sacadas las obras, casi todas de autores judíos, comunistas, liberales y críticos sociales. La quemazón fue ejecutada por estudiantes nacionalsocialistas en Bebelplatz en Berlín, Alemania, justo en frente de la Universidad Von Humboldt. Junto a la ventana, la placa que la acompaña reza: *“Esto era un simple prelude, en el lugar donde se queman libros, se queman, al final, personas”* Heinrich Heine 1820 (poeta alemán del siglo XIX).



Monumento a la quema de libros por Santiago Salazar

Cabello humano en el Museo de Auschwitz

Los rumores y hasta los relatos de los guías turísticos del Museo de Auschwitz, antiguo campo de concentración Nazi en Polonia, dicen que bolsas llenas de cabello humano eran vendidas durante la II Guerra Mundial para fabricar productos como pelucas, tapetes, telas y hasta cubiertas de lámparas.

El cabello pertenecía a los judíos asesinados en las cámaras de gas de ese campo, que durante gran parte de la guerra sólo recluía a mujeres y niños menores de 14 años.

En el bloque 4 del museo, los visitantes pueden observar manojos de cabello expuestos en vitrinas. De acuerdo con el libro guía del museo, cuando el ejército soviético liberó el campamento, encontró 7000 kilos de cabello humano empacado en bolsas de papel.

Sobrevivientes del Campamento de Auschwitz han asegurado que el cabello les era cortado a las víctimas



Cabello humano en el Museo de Auschwitz.
www.auschwitz.org



Cabello humano en el Museo de Auschwitz.
www.auschwitz.org

después de ser asesinadas en cámaras de gas usando un pesticida llamado Zyklon-B encontrado en los restos de cabello.

5000 cráneos en Choueung Ek

En el sur de Phnom Penh, la capital de Camboya, Asia, se extienden antiguos campos de cultivos que después de la década de los 70 fueron apodados Los Campos de Matanzas. En un punto, sobre miles de fosas comunes se levanta Choueung Ek, una estupa budista construida en 1988 como memorial a las 8895 víctimas mortales, cuyos cuerpos fueron encontrados en esta área después de la caída del régimen de los Jemeres Rojos, en 1979.



5000 cráneos en Choueung Ek
www.historvius.com

Más allá de la sublime belleza de la estupa, lo que realmente impacta a los visitantes son los 5000 cráneos humanos que hay dentro de ella y que se pueden ver a través del acrílico transparente que cubre los laterales de la estupa. De muchos, sólo quedan pedazos.



5000 cráneos en Choueung Ek
por Canard Verruqueux

Lágrimas que no cesan



El Ojo que llora. De peru21.pe

Hay una roca en el centro de un parque. De ella brota agua en forma de lágrimas. La rodea un laberinto circular delineado por cientos de cantos rodados sobre los que están inscritos los nombres de 27000 víctimas del conflicto entre las guerrillas de Sendero Luminoso y el Gobierno Nacional del Perú (1980-2000). El monumento se llama El ojo que llora, fue diseñado por la artista Lika Mutal e inaugurado en agosto de 2005. Está ubicado en el Campo de Marte en el distrito Jesús María en Lima.



5000 Cráneos por Marcela Riomalo

El pasado agosto, El ojo que llora fue declarado Patrimonio Cultural del Perú para conmemorar los diez años de la publicación del Informe de la Comisión de la Verdad y de la Reconciliación. De esta manera buscan garantizar su permanencia, ya que ha sufrido varios atentados por parte de “bandas profujimoristas”.

Libros que refrescan la memoria

La palabra escrita y las publicaciones son otro recurso que las víctimas y actores de la sociedad han encontrado para manifestar su memoria, ayudar a otros a contar sus experiencias o rendir homenaje a los más afectados por el conflicto armado. *Conmemora* destaca el trabajo de autores profesionales y empíricos y recomienda los siguientes libros publicados en el 2013 para que alimente su memoria.

Nunca más contra nadie.

Carlos Hernando Olaya.
Cuervo Editores

Durante años Olaya ha escudriñado en los recuerdos del Oriente Antioqueño. En este libro aborda los ciclos de violencia que han envuelto a la comunidad de San Carlos, Antioquia en el marco del conflicto armado colombiano.

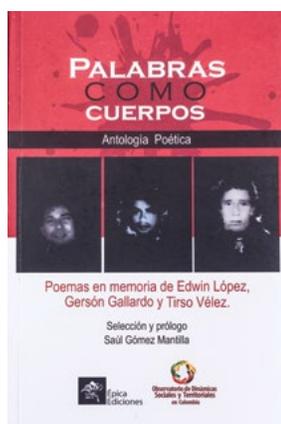


Palabras como cuerpos.

Antología poética.

Saúl Gómez Mantilla
(selección y prólogo).
Épica Editores.

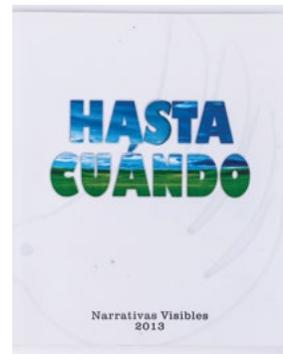
Colección de poemas de 19 autores que les rinden homenaje a Edwin López, Gerson Gallardo y Tirso Vélez, poetas, gestores culturales y líderes universitarios desaparecidos y asesinados en Cúcuta en el 2003.



Hasta Cuándo 2013.

Narrativas Visibles. Con el apoyo de la Defensoría del Pueblo.

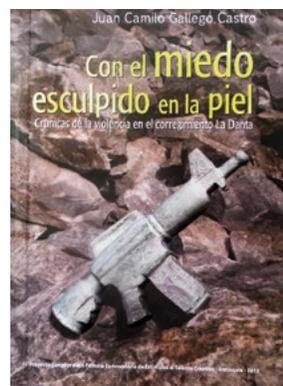
Este es el tercer tomo de una iniciativa adelantada en el departamento del Meta que recopila 52 testimonios sobre el conflicto sin modificaciones ni ediciones que presentan las memorias puras sin interpretaciones de ningún tipo.



Con el miedo esculpido en la piel.

Juan Camilo Gallego Castro.
Editorial Hombre Nuevo Editores.

Cinco crónicas sobre el conflicto armado en el corregimiento La Danta de Sonsón, Antioquia. Los mismos pobladores relatan la historia del lugar: la colonización, la llegada de la guerrilla, la presencia paramilitar por cerca de 25 años, su posterior desmovilización y la cotidianidad actual.



Padre, hijo y espíritu armado.

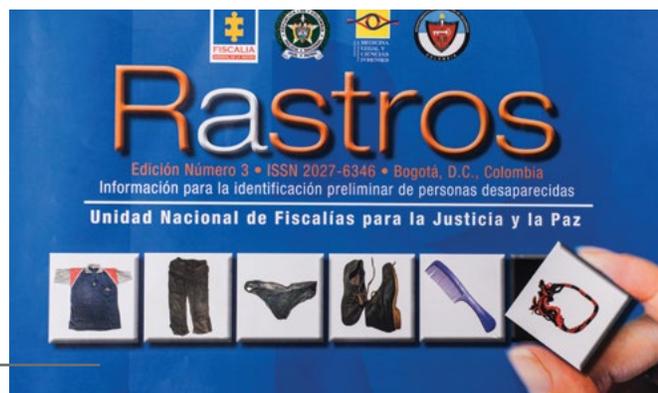
Álvaro Cardona Gómez.
Embajada de Suiza en Colombia y Ministerio de Cultura.

Durante un año en Norte de Santander, Cardona fotografió a los sobrevivientes de la Masacre del Cata-tumbo. Su libro es una colección fotográfica que fue precedida por una exposición en el 2012.



Rastros

A simple vista, la cartilla *Rastros* podría confundirse con un catálogo de una tienda de ropa y accesorios. Pero ninguna de estas prendas está a la venta.



Fotografías de manillas y anillos, ropa interior y detalles de las marcas de camisetas, zapatos de cuero, reloj de pulsera y hasta peinetas de plástico.

Se tratan de las pertenencias que acompañaban a los **4.809 cuerpos** que ha encontrado, en fosas comunes, la Subunidad de Exhumaciones de la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía General de la Nación desde marzo de 2006 hasta diciembre de 2012.

Las imágenes son publicadas junto con una ficha que detalla las características del cuerpo, si era hombre o mujer, estatura y edad promedio, patrón racial y la locación donde fue exhumado. *Rastros* es una herramienta para que miles de colombianos que buscan a sus familiares desaparecidos, identifiquen alguna pertenencia y puedan reclamar los restos.

La primera edición de *Rastros* fue publicada en 2009. Le han seguido otras siete, dos de ellas con información para identificar a personas inhumadas como N.N en los cementerios de los municipios de La Macarena y Granada en Meta y San José de Guaviare en Guaviare.

Hasta **diciembre de 2012**, la Subunidad de Exhumaciones ha desenterrado **3929 fosas** y ha entregado **1813 restos de personas** a sus familias.

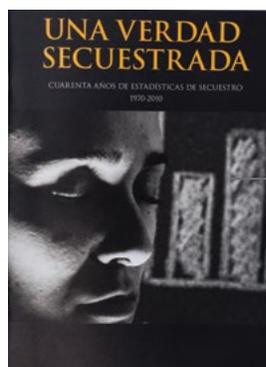
Desde **2008**, año en el que el Grupo de Memoria Histórica lanzó su primer informe: *Trujillo, una tragedia que no cesa*, **54 personas han sido asesinadas** en este municipio del Valle. Una cifra que debe escandalizar al país y que mantiene en luto a los habitantes de este municipio.

Una cifra para reaccionar

Secuestro a la luz

El 2013 fue un año de hallazgos y coincidencias en el tema del secuestro. Por los mismos días que en Bogotá el CNMH presentaba públicamente la primera gran recopilación de estadísticas sobre este flagelo, en una vereda del Quindío se encontraron los restos de los primeros secuestrados políticos del país.

Jaime Gómez Ramírez y los hermanos Arturo y Guillermo Salazar Ceballos fueron secuestrados el 17 de septiembre de 1957 en la vereda Guayaquil del corregimiento Quebradanegra de Calarcá, Quindío. Eran conservadores y contaron con la mala suerte de toparse con una cuadrilla liberal durante la guerra bipartidista. Después de búsquedas, extorsiones y canjes fallidos, el 30 de mayo de 2013, familiares de las víctimas encontraron sus restos en una fosa en los límites entre los municipios de Calarcá y Córdoba.



1.302.337 datos sobre el secuestro en Colombia.

39.058 personas que han sido secuestradas entre 1970 y el 2010.

Tres semanas después, el CNMH presentó la base de datos *Una Verdad Secuestrada*. Pese a que el secuestro de Gómez y los hermanos Salazar ocurrió en otro periodo, asombra la casualidad que su caso concluyera, 56 años después, por los mismos días en que el país conoció las impactantes cifras entregadas por el CNMH.

¡Basta ya! en cifras



200.000

visitas entre julio y noviembre

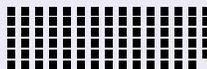


Página de Internet de descarga del informe general ¡Basta ya! Colombia, memorias de guerra y dignidad.

Lanzamiento



15.300
visitas ese día



1.000
visitas al día

La orquesta de la memoria

Cada vez que los investigadores del CNMH llegan a región para escuchar testimonios sobre la guerra, se encuentran con un puñado de personas que hace música para curar las penas. Componen vallenatos, tocan la guitarra, rapean, cantan en coro. Esta es una pequeña muestra de la gran orquesta de la memoria de Colombia.

Gonzalo Sánchez conoce su tema

Durante el 2013, el director del Centro Nacional de Memoria Histórica, Gonzalo Sánchez Gómez, fue ampliamente reconocido en los medios y ante la opinión pública por liderar el grupo de investigación que en julio del presente año entregó al país y al Presidente el informe general *¡Basta ya! Colombia, memorias de guerra y dignidad*. Lo que no todos saben es que éste no es el primer gran reporte sobre el conflicto armado que Sánchez dirige y publica. En 1987, cuando coordinaba la Comisión de Estudios de la Violencia, presentó el informe *Colombia: violencia y democracia* que fue encargado por Fernando Cepeda Ulloa, ministro de gobierno del presidente, Virgilio Barco. A los miembros de dicha comisión se les conoció como “los violentólogos”.



Foto: Juan Arredondo.



Domingo Chalá,
Bojayá, Chocó,
interpreta la
guacharaca.



**Roque Gullo
Galezo**,
Copey, Cesar,
canta vallenatos.



José Ancízar Cano,
Trujillo, Valle del
Cauca, interpreta la
guitarra.



Martha Isabel Marín
la “Flor del campo”,
del departamento del
Meta, es la voz.

Opiniones sobre el informe ¡Basta ya!

“Porque esas cifras escalofriantes son apenas la punta del iceberg de la catástrofe colombiana. No sólo hay que preguntarse qué ser humano muere bajo el balazo, el machete o la motosierra, sino qué ser humano se degrada y se destruye cometiendo ese crimen”

William Ospina,
Escritor Colombiano.

“¡Basta ya! es un regalo para los colombianos y para el mundo. Ha planteado altos estándares para los futuros informes”

James P. McGovern y George Miller,
Congresistas de los Estados Unidos de América.

“Si todos los actores armados escucharan lo que las víctimas intentan decirles en este informe académico, Colombia tendría, quizás, una oportunidad”:

Álvaro Sierra,
Revista Semana.

“La responsabilidad de que esas atrocidades hayan ocurrido recae sobre todos nosotros, quienes por acción u omisión, por nuestras injurias o nuestro silencio, por nuestro actuar o nuestra indiferencias, las hemos permitido”

Editorial,
El Tiempo.

Juan Carlos Botero,
El Espectador.

Arte y deporte resisten a la guerra

Aunque el conflicto armado tocó las vidas de estos artistas y deportistas, su talento y disciplina los han ayudado a resistir, a sobreponerse y a alcanzar importantes triunfos en lo que los apasiona.



Elkin Serna

Fue medalla de plata en los paralímpicos de Londres 2012 en maratón categoría T12, para personas con baja visión. Repitiendo así la plata conseguida en los paralímpicos de Beijing 2008. Las amenazas de guerrilleros y paramilitares hicieron que él y su familia se desplazaran desde Urrao hacia Medellín.

Rigoberto Urán

Ciclista colombiano que obtuvo plata en los Olímpicos de Londres 2012 en la prueba Ciclismo en Ruta y obtuvo el segundo lugar este año en el Giro de Italia. Su padre fue asesinado mientras vendía lotería en Urrao, Antioquia, por paramilitares.

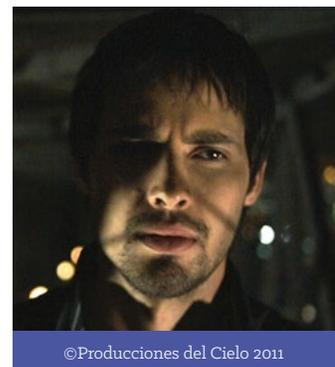


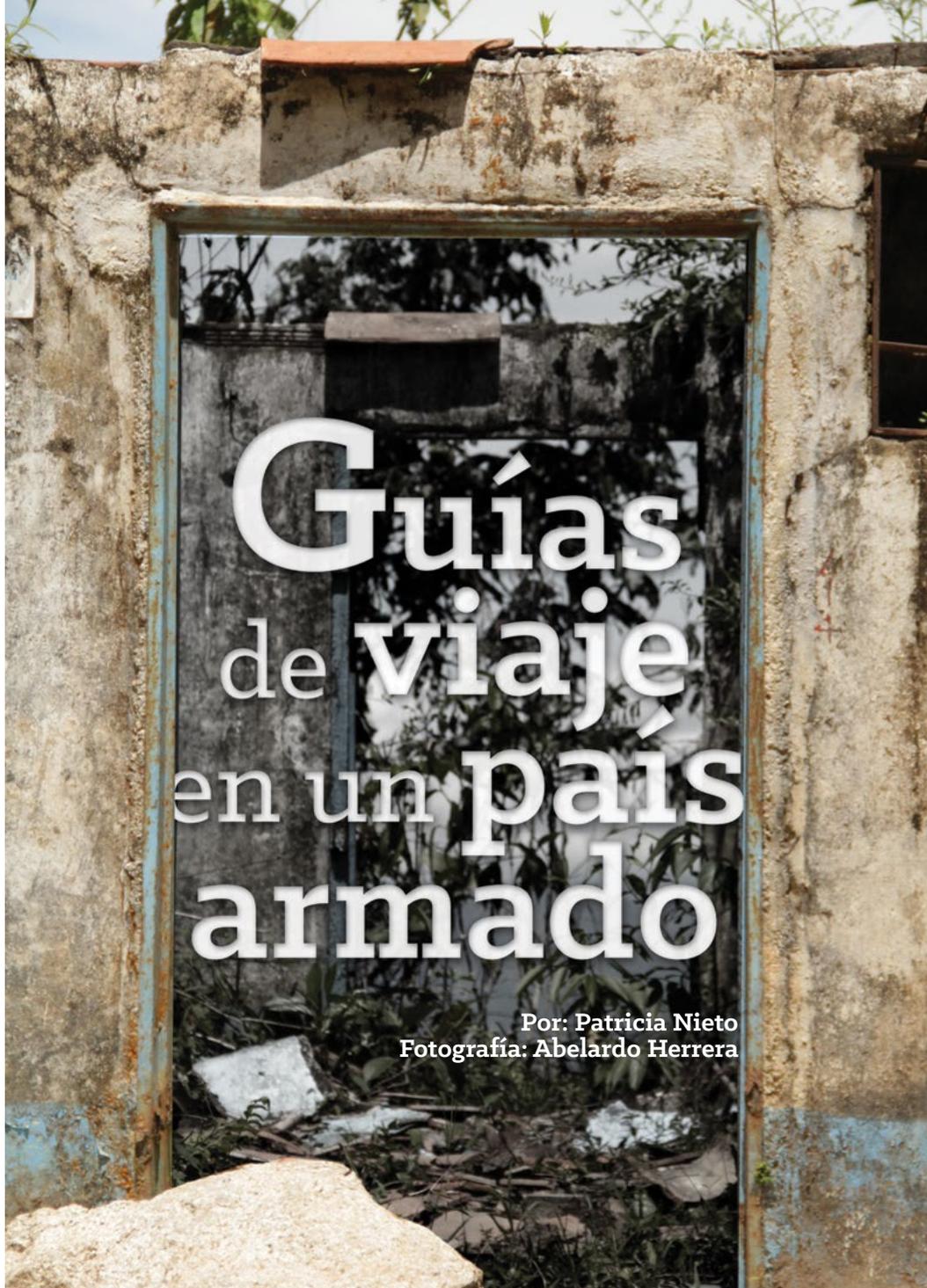
Óscar Figueroa

Obtuvo medalla de plata en los Olímpicos de Londres 2012 donde levantó 177 kilos en la categoría 62 kgs. A los nueve años, debido a los constantes enfrentamientos entre guerrilla y paramilitares en Zaragoza (Antioquia), tuvo que desplazarse con su familia hacia Cartago, Valle del Cauca, donde comenzó su historia deportiva.

Aldemar Correa

Actor y protagonista de la película Paraíso Travel, perdió a su hermano mayor, Gonzalo Correa, quien fue desaparecido y asesinado y presentado como guerrillero por miembros del grupo de contra-guerrilla del Batallón Girardot, adscrito a la Cuarta Brigada del Ejército Nacional.





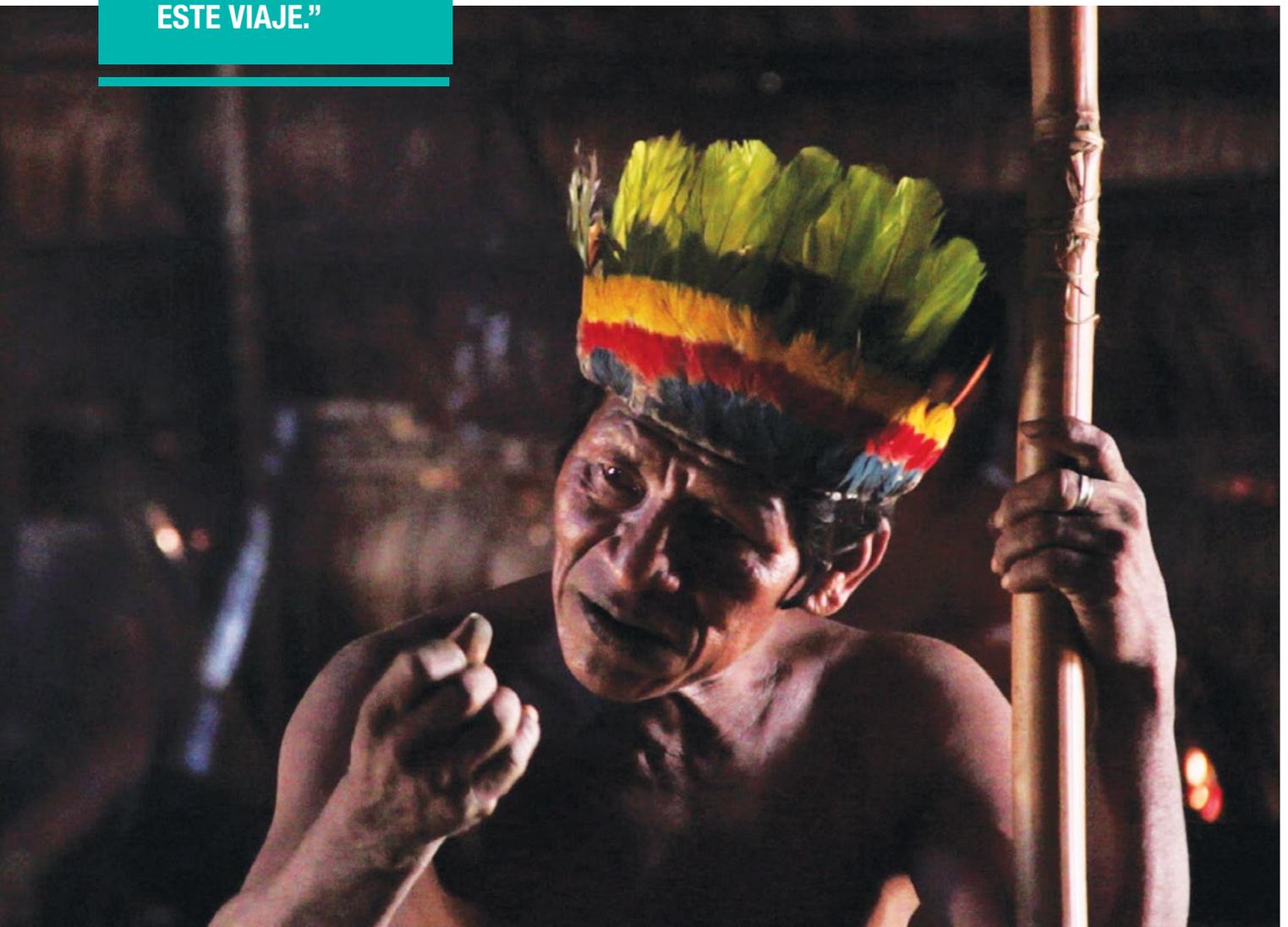
La historia de una periodista en búsqueda de imágenes sobre la guerra y la dignidad en Colombia documentados por el Centro Nacional de Memoria Histórica. **Antún Ramos, Ema Alzate, Delio Gaitán, Manuel Safiama, María Zabala y Luz Dary Ospina** protagonizan escenas de su lucha cotidiana por la vida en un país en guerra.

Solo la luna ilumina el interior de la maloca. Entra para dibujar el cuerpo de un hombre pequeño que parece hablar desde el fondo de la tierra. Manuel Safiama, de piel ceniza, anuncia que estamos en La Chorrera, selva amazónica, cerca de donde se originó el mundo. Los seis hombres que lo acompañan, sentados en bancos a la altura de los tobillos, confirman la sentencia con un sonido gutural, corto y contundente como un martillazo. A la voz de la autoridad sobreviene el frío y el chirrido de los grillos que se comen la noche.

Los hombres se mueven como felinos en la oscuridad. Se acercan, de uno en uno, a la fuente del mambe. Se llevan a la boca cucharadas del polvo verde obtenido al macerar hojas secas de coca y de yarumo. Lo acumulan en las mejillas interiores, lo humedecen con saliva y regresan a su sitio en la media luna que forman para acompañar a Manuel, el Mayor, mientras avanza en sus relatos. Habla en lengua huiototo. Los demás, con los brazos cruzados y la cabeza gacha, asienten con golpes de garganta.

**“LOS ESPÍRITUS
DE NUESTROS
MAYORES, QUE
ESTÁN PRESENTES,
LOS PROTEGEN EN
ESTE VIAJE.”**

Un suspiro corta la tensión. Manuel se levanta. Nos toma de las manos y muy quedo asegura: los espíritus de nuestros mayores, que están presentes, los protegen en este viaje. Sentimos la suavidad de su piel al despedirse. Regresa a su butaca y canta con voz vieja. Asistimos al amanecer de la palabra y a la puesta de la luna llena del 23 de junio de 2013. Salimos en busca de los relatos de la guerra y la dignidad en Colombia.



1. Los niños de Bellavista, Chocó, convierten bejucos en cuerdas para saltar; trepan por las ruinas de la escuela acechada por la selva, alborotan nidos de avispas y corren sobre la tierra dura donde antes se levantaron casas de madera y zinc. Suspenden el juego cuando ven a Antún Ramos, un negro de 1 metro 87 centímetros de estatura, avanzar por el camino de cemento hacia la vieja iglesia. Lo rodean, lo siguen, lo escuchan.

El cura trae el relato del crimen del 2 de mayo de 2002. Lo recita en el altar, justo donde recuerda que explotó un cilindro cargado con metralla. Las Farc erraron en el blanco paramilitar que se escondía detrás de la iglesia y provocaron una tragedia que todavía es dolor en el Atrato medio. Cuando abrió los ojos, su pequeña iglesia estaba convertida en el teatro del horror. Antún vio un cuerpo decapitado dar tres pasos antes de irse al suelo, bebés estallados contra las paredes, muertos lamentándose. Después contó los muertos: 79 personas, 48 eran niños.

No sabemos si los trepadores de ruinas siguen la historia esta mañana del 3 de julio. Observan, silenciosos, las fotografías de los que murieron. Uno de ellos lee los nombres, de uno en uno, como si llamara a clases. El parecido de los niños muertos con los vivos espanta. Antún nos devuelve la esperanza. *Estos son los retoños de Bojayá*, dice. Ellos ríen porque se sienten tratados como plantas. Los vemos alejarse por el camino enmarañado que lleva del pueblo viejo al pueblo nuevo y pensamos que ese paseo es como su vida: obligada al futuro y pendiente de un hilo de dolor que la ata al pasado.



**EL PARECIDO
DE LOS NIÑOS
MUERTOS CON
LOS VIVOS
ESPANTA.**





TODAVÍA BUSCAN A 200 VECINOS DESAPARECIDOS.

2. *Siempre he estado aquí*, nos dice Ema Alzate mientras acaricia el prado y moja sus pies en las aguas cristalinas de los baños de San Antonio. Dicha en San Carlos, Antioquia, esa frase se clava como una piedra en el fondo de la quebrada. Ema, de ojos azules y voz suave, ve caer la tarde del 14 de julio y dice que en la guerra le mataron al primer marido, le mataron al segundo marido y la obligaron a dejar La Mirandita cuando las AUC y las FARC se filaron, *frente a frente*, para darse plomo.

En los años del horror, 1998-2008, a los caseríos se los comió la selva y en el pueblo las puertas permanecieron cerradas día y noche. Solo 5 mil personas, de unas 20 mil, se quedaron como lo hizo Ema. Custodiaron las casas y sepultaron a sus muertos: 215, han dicho; todavía buscan a 200 vecinos desaparecidos. Hace cuatro años, Ema regresó a la vereda con ciento diez personas más. Desgajó la selva que ya

se comía los techos, cazó minas antipersonal entre la maleza y refundó la vida campesina a partir del esfuerzo compartido.

Ema, sentada en el césped con el agua a los tobillos, compone una pintura que podríamos llamar Señora en una tarde de domingo. Ha comido un fiambre y se ha refrescado un poco. Mira el paisaje verde y escucha las cascadas y los arroyos. No vienen las lágrimas ni los lamentos. Ahora cuando los campos florecen y las vacas amamantan, dice estar viva para proclamar, como lo hacen cientos de resistentes, que a San Carlos nunca regresará la guerra.



**SU VOZ LLEGA
HASTA EL OÍDO
DE LOS ÚLTIMOS
CAMINANTES QUE
SE ESFUERZAN EN
LAS PENDIENTES
VENCIDAS POR
LAS LLUVIAS.**

3. Delio Gaitán abre la trocha que lleva de la orilla del río Carare a El Tamarindo, su casa. Muestra la continuidad del sendero interrumpido por arroyos y peñascos. Su voz llega hasta el oído de los últimos caminantes que se esfuerzan en las pendientes vencidas por las lluvias. Habla como si lo hiciera para los cuatro mil campesinos que viven en los territorios de influencia de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare; herederos de los 11 valientes que en 1987 le notificaron a las FARC que no serían su trinchera.

Años después, cuenta Delio, a nombre de dos mil campesinos asociados le dijeron, lo mismo a los generales del ejército nacional y a los paramilitares. Y casi una década después, los sobrevivientes le pasaron la misma notificación a los dueños de la coca que ya los esclavizaban. La decisión de defender sus tierras, ellos saben lo que es romper la selva para conseguir un lugar donde asentar la vida, les costó vidas. Todavía extrañan a sus líderes Josué Vargas, Saúl Castañeda y Miguel Ángel Barajas asesinados, junto a la periodista Silvia Duzán, en un café del centro de Cimitarra el 26 de febrero de 1990. Y aún

repan el inventario del horror en la región de Cimitarra, Santander, desde 1970 hasta hoy: secuestros, extorsiones, asesinatos gota a gota, quema de casas, desplazamientos, torturas, desapariciones.

Delio ha coronado la cima. Nosotros recuperamos el aliento y la esperanza al reposar en el patio de veraneras florecidas en El Tamarindo. Lo vemos acariciar el perro, tantear la gallina, hablarle al gallo, reparar el ternero y taparle la cara a una boruga asustadiza. Después, va a la cocina donde su mujer alienta el fuego hoy 18 de julio. Quizá ahí está el secreto de la vida campesina en el Carare: esforzarse todos los días como si fuera el primero.

4. Pedro Junior canta mientras remontamos el río Igaraparaná que nos arrulla con su melancolía. Ismael Fajardo capitanea el bote que nos lleva a las entrañas de Colombia y cuenta que en esta tierra amazónica ellos, los huitotos, boras, muinanes y ocaínas, estuvieron a punto de extinguirse cuando hace un siglo la fiebre del caucho convirtió la explotación de la selva en una

máquina de muerte. Pedro canta la leyenda del pájaro que era el marido de la luna y por desobedecer las leyes cayó a tierra y la dejó a ella sola para siempre. Ismael confiesa que a las Farc las contuvieron con la palabra pues todas las noches los mayores llamaban a los que ya son tigres o árboles o piedras;

y ellos, los que ya descansaron, respondieron porque la naturaleza también piensa, aclara.

Guardamos las palabras de Ismael como si fueran conchitas de mar. Las cargamos en nuestros canastos junto con las de un centenar de Colombianos que nos hablan en presente continuo de una herida abierta que apenas da paso a la tristeza porque se convierte en palabra, en relato, en memoria.



5. María Zabala camina por un senderito en el corazón de la sabana. Sus pies alborotan el polvo mientras mira el horizonte. Vemos el suelo arcilloso, los pies golpeándolo, las huellas hablando de persistencias. Lo que está adelante es verde y es azul. No vemos lo que ella ve con esos ojos redondos, negros, duros. Será porque María encarna la autoridad del sufrimiento que no podemos preguntarle qué mira en esa nada.

En el año 2000, cuando ya era viuda y desplazada, se unió con decenas de mujeres como ella y viajó a Villa Nueva, Valencia. Se filó como lo hicieron las demás frente a alias Don Berna, un temido jefe paramilitar, y le anunció que ellas iban a reclamar a sus hijos, los jovencitos sobrevivientes del exterminio, reclutados por él a la fuerza. Habló sin titubear, recuerda. Y dice que las demás mantuvieron las piernas firmes, la respiración controlada y las manos unidas a las de otras para sentir que por sus

venas corría la misma sangre. Con la palabra prolija y fuerte ganaron la batalla.

Una vez los hijos regresaron a casa, María Zabala y sus vecinas emprendieron la lucha por un pedazo de tierra para plantar sus casas y sus huertas. Por el Valle Encantado, 128 hectáreas, camina esta tarde María Zabala. Pisa ese suelo con la esperanza de que un día el Estado reconozca que esa tierra bañada por el río Sinú es propiedad de las mujeres víctimas, viudas y valientes que han levantado un asentamiento femenino y radical en sus propósitos de conservar la vida, tierra y la libertad. Solo entonces, María podrá detener la marcha y sentarse a mirar algo muy suyo en el horizonte.

**POR EL VALLE ENCANTANDO,
128 HECTÁREAS,
CAMINA ESTA TARDE
MARÍA ZABALA.**



6. Hace once años, Luz Dary Ospina era “la luz” en la Independencia de Medellín, un barrio en la ladera occidental repleto de techos de zinc, marañas de cables y ropas tendidas al viento. Ella, cinco mujeres más y un hombre convertían los sueños de los vecinos en realidad: centenares de escalas de cemento para llegar hasta la cima, agua potable transportada por mangueras hasta cada hogar y energía para mover las máquinas de coser y echar luz sobre los cuadernos en los que los niños aprendían escribir. Fue entonces cuando la conocimos. Nos llevó de visita al taller de las alfareras, nos habló de la Asociación de Mujeres de las Independencias, nos acompañó hasta la escuela El Triunfo que se nos apareció al coronar ochocientas escalas como un castillo abaleado y abandonado en la cima de la montaña.



LUZ DARY PROTEGIÓ A SUS HIJOS DEBAJO DE LAS CAMAS Y ELLA ENTENDIÓ QUE EL ESTADO, AL INTENTAR RECUPERAR UN TERRITORIO COPADO POR DIVERSOS GRUPOS ARMADOS, LA ATACABA A ELLA.

De regreso, después de criar a sus hijos fuera de Medellín y de Colombia, dice que todos los días recuerda a los muertos de la Comuna 13. A los viejos que dejaron en esas calles su sudor y a los jóvenes porque sus muertes siembran, tal vez como ninguna otra, desilusión y desesperanza. Luz Dary habla generosamente y mientras lo hace mueve las manos. Seguimos los dedos apretados por argollitas de plata y las uñas gris perla trazando arcos y mostrando caminos. Pensamos que esas manos buscan un pedazo de tierra donde sea posible levantar una ciudad. 

Hoy, 6 de julio de 2013, la escuchamos decir que solo un mes después de aquel recorrido un helicóptero, desde el que hombres del ejército disparaban, irrumpió en la noche de la Comuna 13 y así comenzó la Operación Orión. Luz Dary protegió a sus hijos debajo de las camas y ella entendió que el Estado, al intentar recuperar un territorio copado por diversos grupos armados, la atacaba a ella, a sus amigas y a cientos de familias pobres que habían trabajado día y noche durante dos décadas por su derecho a la ciudad. En esa guerra su vecina y amiga Teresa Yarce fue asesinada. Otras, detenidas y conducidas a cárceles miserables. Y ella, la luz, condenada al exilio.

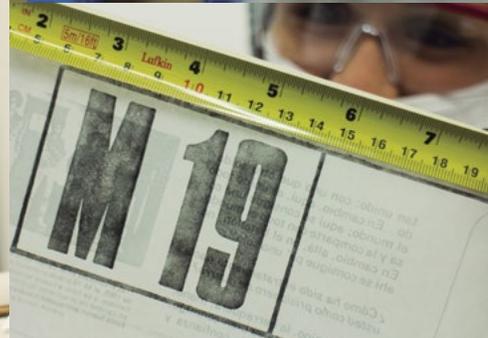


DOCUMENTOS PARA LA VERDAD

El Centro Nacional de Memoria Histórica también trabaja en el registro, acopio, organización, custodia y preservación de documentos de todo tipo, ya sean textuales, gráficos, audiovisuales, orales o de cualquier otro, que contengan información relacionada con la defensa de los Derechos Humanos.

Y para ello, este año se trabajó en:

- * La creación de la Política Pública de Archivos de DD.HH.
- * La consolidación de un manual para educar a gestores de memoria en el tema de preservación de archivos.
- * La invitación constante a todos los colombianos para que participen de estos procesos.



DESDE EL CAJÓN DE SU ESCRITORIO

Cualquier colombiano puede colaborar con la recuperación y la preservación de archivos de Derechos Humanos en el marco del conflicto.

Particulares y organizaciones tienen la libertad de acercarse al CNMH ya sea para reportar alguna iniciativa de conservación de documentos o simplemente para encontrar información sobre cómo hacer bien la tarea cuando de archivar, publicar o manejar documentos para su comunidad se trata.

Los canales son varios:

- * Pueden escribir al correo electrónico direccionarchivosderechoshumanos@centrodememoriahistorica.gov.co
- * Llamar al número telefónico 7965060, Ext. 125 en Bogotá D.C.
- * Visitar las oficinas de la Dirección de Archivo del CNMH en la Carrera 6 N° 35-29, barrio La Merced en Bogotá D.C.

El espejo de Camboya

Texto: Sebastián Riomalo
Fotografía: Marcela Riomalo

Alas afueras de Phnom Penh, la capital de Camboya, hay un árbol viejo del que cuelgan miles de manillas de colores. A su lado, un cartón con letras blancas en jemer e inglés contradice la belleza de su adornado tronco. Indica: ‘árbol de la muerte contra el que los verdugos estrellaban a los niños’. Así, sin preámbulos, ni advertencias; solo con carácter explicativo. Y es que la crueldad y podredumbre del genocidio camboyano llegó a tal punto, que estrellar cráneos de recién nacidos contra los árboles fue tan solo una de las muchas atrocidades documentadas. Las manillas, hoy día, representan un cementerio multicolor que denuncia lo sucedido en estas tierras hace tantos años, y que pretende dar fuerzas a los camboyanos para soportar la pesada carga en la que se ha convertido su pasado.

Tras décadas de una guerra intestina entre comunistas y generales de ambigua ideología, con bandos patrocinados por sendas potencias internacionales según el contexto de la Guerra Fría, el saldo de víctimas es escalofriante. Sumando las 600,000 ejecuciones extralegales, las 700,000 muertes por inanición y las otras 700,000 por causas varias como enfermedades y epidemias, se estima que dos millones de camboyanos, de una población de 7.3 millones, perdieron la vida entre 1975 y 1979. Es decir, el 30% de los habitantes de la nación; como si en Colombia, en tan solo un período presidencial, se exterminaran 13,5 millones de compatriotas.





Hoy, dos lugares convertidos en museo dan fe de la barbarie y construyen memoria histórica para las nuevas generaciones: la prisión S-21, también conocida como Tuol Sleng, y los campos de la muerte de Chuong-Ek. Ambos están localizados en la capital, a una corta distancia entre sí, y en su momento fueron epicentros de crueldad y deshumanización. El primero funcionó como el principal sitio de detención, interrogación y tortura, al que se llevaban a los enemigos de la causa comunista. El segundo fue uno de los tantos lugares escogidos por el régimen para llevar a cabo las ejecuciones sumarias de aquellos que venían de interrogación. Treinta años después, la visita a cualquiera de estos lugares es desgastante y arrebató la energía vital de cualquiera, incluso la del turista incauto que desconoce la historia.

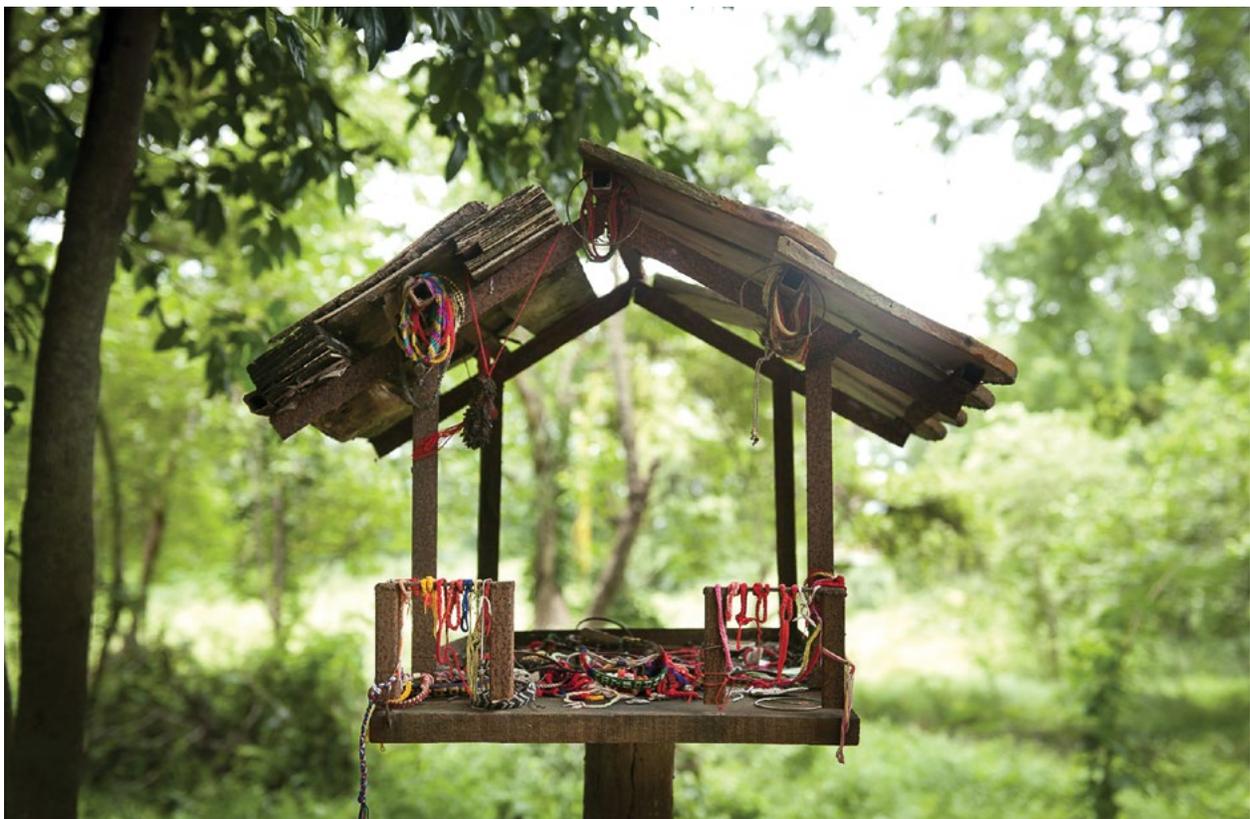


Lo primero que desconcierta en la prisión S-21 son las paredes blancas viejas que el tiempo ha desgastado. Ellas, que fueron erigidas antes del conflicto para albergar un prestigioso colegio internacional, terminaron convertidas en el escenario de torturas innumerables que llevaban a cualquier inocente a confesar crímenes inexistentes. Las manchas, las fotos de las víctimas en

blanco y negro, y las ya célebres pinturas de uno de los sobrevivientes denuncian los horrores. Prisioneros con las uñas arrancadas, mujeres violadas o con los genitales amputados, eran tan solo algunos de los métodos de los carceleros. De los 20,000 prisioneros que ingresaron a la cárcel en los 4 años de genocidio solo 7 sobrevivieron.



Cada noche, decenas de volquetas transportaban a los prisioneros de ésta y otras prisiones a los diferentes campos de la muerte. El que hoy se ha convertido en museo, Chuong-Ek, fue uno de los que más muertes presenció por su cercanía con la prisión S-21. En él, se observan parcelas de tierra acordonadas de las que surgen dientes y tiras de ropa cuando llueve, cajas repletas de huesos que han sido recolectados tras años de excavación y una estructura conmemorativa que se alza en el centro y que contiene más de 5000 cráneos de gente asesinada en el lugar. Sentado en un rincón cualquiera del verde del campo, se pueden escuchar los relatos de sobrevivientes que recrean con triste exactitud el aberrante proceso al que fueron sometidos.





Los prisioneros llegaban apretujados en los camiones y eran reseñados cuidadosamente para asegurarse que ninguno hubiera escapado. Luego, eran amarrados temporalmente a diminutas celdas de madera en total oscuridad, mientras llegaba su turno para la ejecución. En la espera, los gritos de las otras víctimas se ahogaban detrás de la música revolucionaria que sonaba de fondo a ensordecedores decibeles. Cuando llegaba la hora, se acercaba a la víctima al borde de la fosa que ya contenía innumerables cadáveres, y allí los verdugos utilizaban herramientas de arado para cometer el asesinato. Palas, picas, hoces, cualquier cosa podía ser un arma letal con tal de que fuera reutilizable; para el régimen la vida de sus compatriotas no valía ni siquiera el costo de la bala. Una vez yacía el cuerpo inerte en la pila de cadáveres, se regaban químicos inflamables sobre ellos y se les prendía fuego. Con ello se cumplía una doble función: evitar el mal olor y asegurar que no sobreviviera nadie. Una vez llena la fosa, se comenzaba el proceso en una nueva parcela.

Es imposible no estremecerse mientras se escuchan las voces desgarradoras de quienes vivieron los vejámenes. A pesar de que han pasado más de 30 años, su dolor se mantiene intacto.

Uno de ellos dice verse a sí mismo como un vaso roto que necesita desesperadamente reparación. Su vida, afirma, desde la muerte de su madre en Chuong-Ek, se ha convertido en una búsqueda incesante por encontrar los pequeños pedazos de vidrio que puedan casar con su ser fragmentado. Por eso, desde el fin del régimen comunista, él se ha dedicado a ayudar a otros a encontrar sus familiares desaparecidos para sentirse parte de la reconstrucción del país.

Inexorablemente debe uno pensar en el conflicto colombiano y en el trabajo de reparación que falta por hacer en esta parte del hemisferio. En Camboya, a pesar de que el horror cesó hace tres décadas, solo hasta finales de los 90 se comenzó a cimentar la memoria de la barbarie sucedida. Veinte años después. En Colombia, tenemos el mismo reto pero con la inmensa dificultad de que todos los días se siguen quebrando nuevos vasos y fragmentando nuevos seres. 

¿QUÉ PODEMOS APRENDER DE LA EXPERIENCIA CAMBOYANA? UNA VERDAD SENCILLA PERO INCONTROVERTIBLE: EN EL PROCESO DE RECONSTRUCCIÓN DE NOSOTROS MISMOS, ES FUNDAMENTAL RECOGER TODOS LOS PEDAZOS DE VIDRIO QUE ENCONTREMOS SIN DESCUIDAR NINGUNO. ALGUNO DE ELLOS TENDRÁ QUE CASAR.

Cicatrices en la memoria

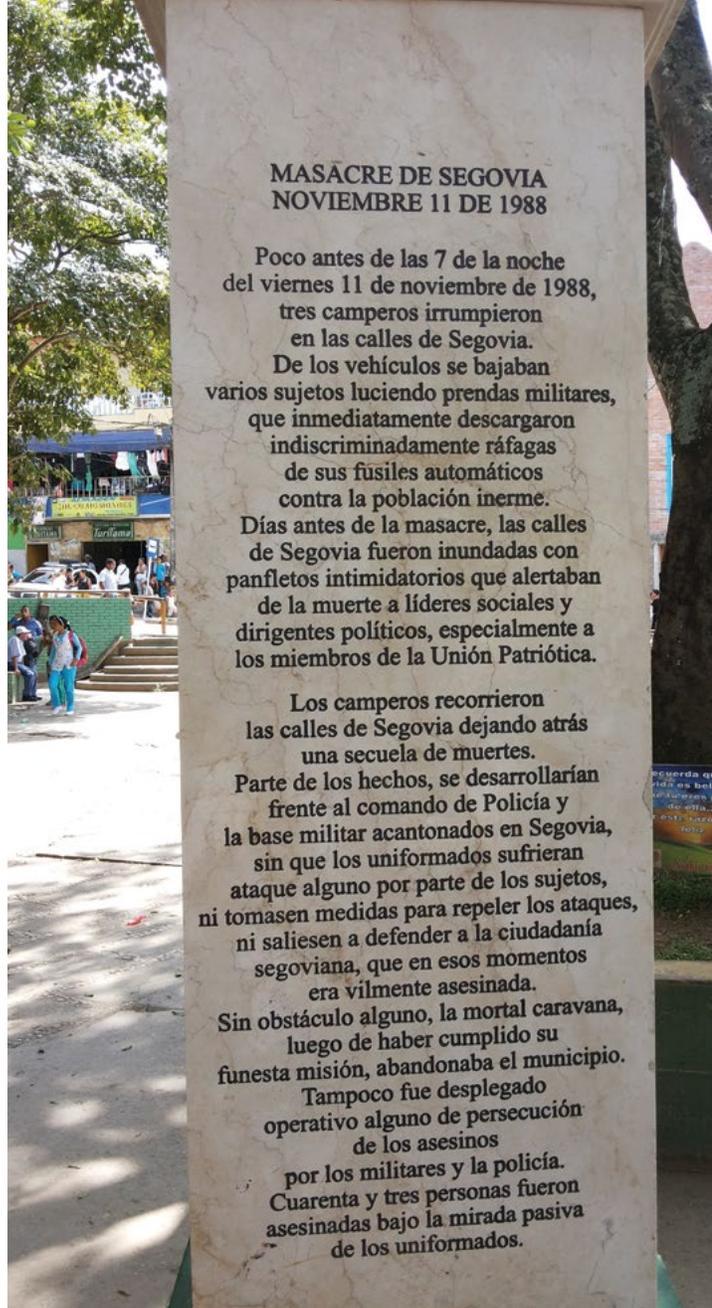
25 años de la masacre de Segovia

Por: Pedro Correa Ochoa

Carta a un muchacho de 35 años:

Tu padre abre el cuaderno con la mística de un brujo que manipula una bola de cristal. Moja la yema de sus dedos con el aliento tibio de la lengua y pasa hoja tras hoja, buscando tu profecía. Tenías 10 años, letra garabatos y “ortografía terrible”, dice entre risas el viejo Virgilio, tu padre. Con la dedicación de un curador ha sabido conservar el cuaderno de cuarto grado: la pasta firme y las hojas sin quiebres. “Mire el dibujo que había hecho días antes”, dice. Me mira a los ojos, en los suyos veo lágrimas.

Azul las nubes; rojo el avión que sobrevuela el pueblo; una ambulancia; un niño en bicicleta; carros; dos hombres le apuntan a otro con pistolas. Las balas son una hilera de rayitas reteñidas... Cierra el cuaderno bruscamente, aterrado aún, y me resume la tragedia: 7 de la noche. Viernes 11 de noviembre de 1988.



Al pueblo llegan tres camperos repletos de paramilitares. Dos recorren los barrios vecinos. Uno se detiene en el parque.

Mientras tu padre y yo caminamos hacia el parque, me pregunto si hoy conservarías esa melena rubia que llevas en las fotos de tu Primera Comunión. ¿O tendrías el corte rapado de los muchachos que andan a alta velocidad por la calles de Segovia? Dicen que hay cerca de 20 mil motos en este pueblo de 42 mil habitantes —yo creo que son más.

En el parque tu padre señala tu nombre: Francisco William Gómez Monsalve. Allí, el pedestal de mármol que levantaron en el 2010 como homenaje a las víctimas, es un puñal clavado en el corazón del pueblo. Al lado, otra escultura se levanta imponente para simbolizar esa arteria que debate a



Niño Francisco William Gómez.
Asesinado en la masacre de Segovia

Allí, el pedestal de mármol que levantaron en el 2010 como homenaje a las víctimas, es un puñal clavado en el corazón del pueblo.

Segovia entre la vitalidad y el desasosiego: la riqueza aurífera de sus montañas. El oro ha sido un imán que no solo ha atraído a grandes empresas mineras y a miles de foráneos, sino también a temerarios grupos armados y bandas criminales. En 2012 la Personería de Segovia denunció un incremento del 200 por ciento del índice de homicidios. Allí mismo en el parque, una pancarta enorme delata los rostros de “los más buscados del Nordeste”.

“Es que a Segovia la han seguido masacrando todos estos años —dirá Dairo López López, amigo de tu papá que seis años después de la masacre escribió el libro *Segovia mi propio mundo*—. Nos han signado como guerrilleros y paramilitares, pero la violencia en este municipio no es por sus oriundos, es una violencia infiltrada, penetrada; de intereses económicos y políticos”. Esa ambición política, William, fue la que provocó tu muerte. El 15 de mayo del 2013 —extravagantes 24 años después—, la Corte Suprema de Justicia condenó a César Pérez García por la Masacre de Segovia, categorizada como crimen de lesa humanidad.

Que al señor Pérez —cacique del Partido Liberal, “ilustre” segoviano, Presidente de la Cámara de Representantes, diputado de la Asamblea de Antioquia, fundador y rector de la Universidad Cooperativa de Colombia— le enfureció que la Unión Patriótica le arrebatara su poder político, pues en la primera elección popular de alcaldes, efectuada ese año, Rita Ivonne Tobón logró el triunfo para ese partido de izquierda. La Corte lo condenó como autor intelectual de la masacre, apoyada por el líder paramilitar Fidel Castaño y comandada por alias “Vladimir”, testigo clave en la investigación.

A Pérez —de 77 años de edad—, la Corte le indultó 30 años de prisión por tu muerte, la de otros 4 niños y 38 adultos. “¡Puff! —se queja tu padre—, ni siquiera un año por muerto”. Y con el mismo dedo que te señaló en la lista de víctimas, señala el comando de Policía en un costado del parque. “¿Por qué no hay altos mandos militares condenados?”, dice.

¿Negligencia o complicidad? Ambas han atormentado a las víctimas, pues los asesinos pasaron cándidos cerca del Batallón Bomboná —ubicado en la vía que lleva al pueblo—. Del Comando de Policía tampoco salió un solo tiro para contrarrestar el ataque. Algo hubieran hecho para evitar que Edwin Gómez perdiera a su padre. Él y otras víctimas esperan con resignación pasmosa el fallo de la demanda contra el Estado, que en el 2000 interpusieron ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA.

Su padre estaba en el parque, negociando una casa para que sus hijos pudieran estudiar en el pueblo. Pero su muerte convirtió ese propósito en un destino amargo: que la mamá, ahora viuda, debió trabajar; que Edwin y sus dos hermanos, acogidos por familiares, se separaron; que seis años después la viuda murió por un accidente de tránsito en Medellín; que los tres adolescentes quedaron íngrimos.





Dibujo realizado por Francisco William días antes de la masacre.

“La masacre nos desintegró totalmente”, dice con la mirada fija en el parque. Junto a la pared de su escritorio, en el almacén de artículos religiosos, hay un dibujo: “Papa te amo mucho”. “Lo miro cada día y me alegra el corazón”, cuenta tras explicar que se lo regaló su hijo Santiago.

¿Tus hijos y Santiago recorrerían, en sus bicicletas, esas mismas calles que la sangre recorrió en arroyos?

De la discoteca Johnny Kea, la sangre de 18 muertos salió a borbotones. La lluvia la esparció, como si una fuerza superior intentara lavar tanto dolor.

Y a falta de la intervención humana de la Fuerza Pública, fue la lluvia, que amedrentó a los habitantes para que se quedaran en sus casas, única heroína esa noche.

¿Recuerdas la lluvia? Las gotitas golpean tu rostro mientras avanzas, pedal tras pedal, por la calle La Reina. Aparece el carro, gritos, disparos. Una bala se te cruza en la espalda y caes a pocos metros de la puerta de los Restrepo. Los paramilitares la derrumbaron con una granada. Al padre, de 74 años, y a dos hijos, los acribillaron con balas de fusil.

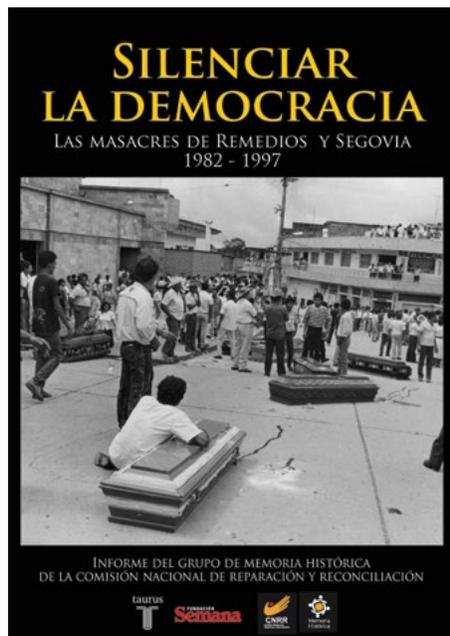
Marina Restrepo, como los otros sobrevivientes de esa familia, buscó refugio en Medellín. En su casa del barrio Castilla me cuenta que a su padre y hermanos los mataron selectivamente porque en las elecciones apoyaron a la Unión Patriótica y no al liberalismo, como lo habían hecho siempre. E indignada me dice también que aunque el fallo contra Pérez fijó indemnizaciones para algunas víctimas, no incluyó a su madre, hoy de 90 años, ni a su hermana María Emilse, que padece por las lesiones de las esquirlas.

En el atrio de la iglesia tu padre me presenta a un hombre que aun sin saludarlo me suelta un “no” categórico. “¿Para qué seguir recordando eso tan triste?”, dice, estrecha mi mano con firmeza y desaparece. Con esa firmeza te recogió a vos del piso húmedo y te llevó al hospital.

Es de noche y en Segovia el clima es fresco. Lloverá. Tu padre me invita para que descansemos en una jardinera del parque. A un costado pone la bolsa con recortes de prensa y el dibujo profético. Enciende un cigarro y me habla emocionado del partido del día anterior, en el que Colombia clasificó de nuevo al Mundial de Fútbol. Tras un corto silencio vuelve a nombrarte: “A ese muchacho le encantaba el fútbol”.

Mientras habla los imagino a los dos —vos ocupando mi lugar—, celebrando el triunfo tricolor con un par de cervezas. Seguramente ya hubiera cumplido la promesa que te susurró al oído mientras los médicos trataban de salvarte: pagaré una cirugía plástica para que te borren la cicatriz de la espalda.

Tendrías 35 años. Él tampoco llevaría esa cicatriz que ninguna cirugía puede borrar de su memoria.



La mujer detrás del ¡Basta YA!

Durante más de dos años, una trabajadora social logró lidiar con los egos de los académicos, las disputas por los conceptos, los testimonios del horror, el prestigio de una institución y las presiones editoriales, ¿Quién es Martha Nubia Bello?

Texto: Mauricio Builes

Fotografía: Álvaro Cardona



Una tarde cualquiera de septiembre, Martha Nubia decidió abrir la caja de su nochero donde guarda la memoria de su vida: más de 200 cartas y telegramas que conserva desde su niñez y que desordenó para buscar cuatro sobres con declaraciones de amor. “Son las de uno de mis primeros novios de la época universitaria” - me dice Martha y sonríe como lo hacen las adolescentes después del primer beso. Las encontró y las guardó en su mochila wayuu para llevárselas al hombre que la había conquistado hace 32 años, cuando los dos apenas comenzaban sus carreras universitarias en Bogotá.

Pero más allá de los deseos trasnochados o la necesidad de hacer confesiones tardías, el reencuentro se dio gracias a un libro: al Informe General ¡Basta Ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad que el Centro Nacional de Memoria Histórica presentó al país en julio de este año y que Martha Nubia coordinó. Su nombre comenzó a figurar, a ser famoso: entrevistas, foros, titulares, invitaciones al exterior.

Un hombre (R.) en los Estados Unidos leyó uno de esos titulares y decidió abrir una cuenta en Face-

book para contactarla. Martha es activa en las redes y una mañana cualquiera leyó un mensaje privado: “Hola, Martha. Soy R. ¿Te acuerdas de mí?”. Ella dice que cuando leyó el mensaje, pensó en las cartas de su nochero. R. viajó a Colombia. Se citaron...

- ¿Pero qué? -le pregunto- ¿Volvió el amor?
- No, Mao, no te equivoques. R. quería felicitarme por el ¡Basta Ya! yo era un caso perdido en la universidad, una hippy y a eso súmale que estudiaba Trabajo Social, lo más devaluado en el mundo de las disciplinas.

Y así como ocurrió con un amor de hace 32 años, el informe también la reencontró con viejas amistades, colegas extranjeros, enemigos conversos y admiradores antes discretos. “No es lo ideal -dice- pero siento que el ¡Basta Ya! ha hecho que me respeten más como académica”.



Martha Nubia vive en el barrio La Soledad de Bogotá con sus tres hijos pero su vida está en el campus de la Universidad Nacional. Desde 1981 -año en el que ingresó como estudiante y a vivir en las residencias estudiantiles- hasta hoy -como Directora del Departamento de Trabajo Social- Martha ha estado vinculada a los mismos temas: derechos humanos, desplazamiento forzado e impactos sicosociales de la guerra. Le hubiera gustado ser antropóloga, confiesa, pero el agitado mundo político dentro de la universidad pública (dentro de las residencias, enfatiza ella) no se lo permitió.

En 2003, un año después de la masacre de Bojayá, Chocó, Martha Nubia decide visitar el Medio Atrato con tres compañeras para hacer una investigación que cambiaría su vida académica y personal. “Bojayá me confrontó con todos mis miedos: el racismo, la exclusión, las inundaciones,

las serpientes. La muerte”. Fueron más de cinco años de visitas a la comunidad, correrías por el río Atrato y confrontaciones con ella misma porque “te sientes tan frágil, tan vulnerable”. Aún hoy, después de tanto tiempo, Martha Nubia abre el grifo en su baño y agradece al cielo porque sale agua.

“Bojayá me confrontó con todos mis miedos: el racismo, la exclusión, las inundaciones, las serpientes. La muerte”.

De esa experiencia quedó, además, un libro: “Bojayá, memoria y río”, publicado por la editorial de la Universidad Nacional en 2005. El libro llegó a las manos de Gonzalo Sánchez, director del Centro Nacional de Memoria Histórica, quien lo leyó e indagó entre colegas por las credenciales de la autora: trabajadora social sin doctorado, experta en temas de derechos humanos, magister en Ciencias Políticas de la Universidad de los Andes. Una académica de Sogamoso hecha en terreno. A los pocos días, la llamó para proponerle hacer parte de lo que se conoció como el Grupo de Memoria Histórica de la antigua Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. A partir de ese momento, comenzaría una etapa en la vida de Martha Nubia que la llevaría a coordinar el Informe General ¡Basta Ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad.

Pocos días antes de la presentación oficial del ¡Basta Ya! en La Plaza de Armas de la Casa de Nariño, Pilar Riaño, Antropóloga e investigadora de Memoria Histórica, le escribió desde una universidad canadiense un correo electrónico que Martha quisiera imprimir y guardar en su caja de cartas y telegramas:

“A la hora de la verdad no fueron aquellos pedigrees intelectuales de las ciencias políticas, la sociología, economía, leyes, antropología los que sacaron adelante esta obra; tampoco fueron los que le hablan al oído a presidentes, ministros, comunidad internacional, las agencias multilaterales

o los gurús intelectuales o políticos quienes dieron la visión y forma al informe. Fueron ustedes... con una copa de vino tinto en mis manos, brindando por ustedes”.

Pilar escribió en plural porque, en todo este proceso, Martha Nubia estuvo acompañada de Lina Díaz, otra trabajadora social que se convirtió, entre otras cosas, en el sostén emocional en los momentos más duros y oscuros: hubo días de edición -recuerdan- que se transformaron en días de llanto. Tenían que incorporar al Informe docenas de testimonios de la barbarie escritas en sus libretas de apuntes. En un país donde los muertos se muestran como cifras de notaría, ellas se atrevieron a hablar de las personas y sus historias.



Al final, Martha Nubia reconoce que, a pesar del prestigio, la fama y los reencuentros inesperados, siente que necesita tomar distancia del Basta Ya!. “Hace rato le estoy diciendo a mis hijos que voy a cambiar mi biblioteca del terror por literatura más amable. No lo he logrado. Ahora siento que debo volver a esa promesa pero temo que la realidad de este país no me va a dejar”. 



árbol adentro

Fotografías y texto: Álvaro Cardona

Mi Chivito

- Mamita mire que han venido señores que se ven muy elegantes a la plaza, con mucha plata -y se ve que son gente de bien- a llevar muchachos a trabajar en fincas como mayordomos, a ordeñar, a coger café y dicen que pagan muy bien; además, que los dejan venir a visitar a sus familias cada 3 meses.

- Papito, no señor, sumercé tiene 16 años y cada vez que han trabajado siempre lo han explotado. Usted y yo nunca nos hemos separados el uno del otro. Usted no se va para allá.

- Listo chivita, yo no me voy.

“Yo pensé que esa discusión había quedado cerrada y no le volví a preguntar nada. El día menos pensado se me desaparece mi chino de 16 años. Después de tanto buscar a mi chivito, -fueron ocho meses de incertidumbre y búsqueda-, el 27 de septiembre me llama mi hija: “¿Mamá usted está viendo noticias? están diciendo que los muchachos desaparecidos de Soacha están en fosas comunes en Ocaña, Norte de Santander”. Yo decía: “No puede ser porque “los muchachos” se refieren a muchos y que yo sepa, mi hijo es uno solo”. Cuando yo me di cuenta que mi hijo estaba en esa lista, yo quería morirme, esperaba ir, reclamarlo, darle cristiana sepultura y que Dios hiciera lo que quisiera conmigo. Ahora, después de 6 años, el caso de mi hijo ha quedado en la impunidad, no he tenido ni la primer audiencia, pero aún así, yo sigo acá luchando hasta que mis huesos tengan carne”.

María Sanabria (Lider del Colectivo Madres de Soacha), madre de Jaime Stiven Valencia Sanabria de 16 años. Desaparecido el 6 de febrero 2008 y presentado por el Ejército Nacional como guerrillero caído en combate.



Mi Faustino

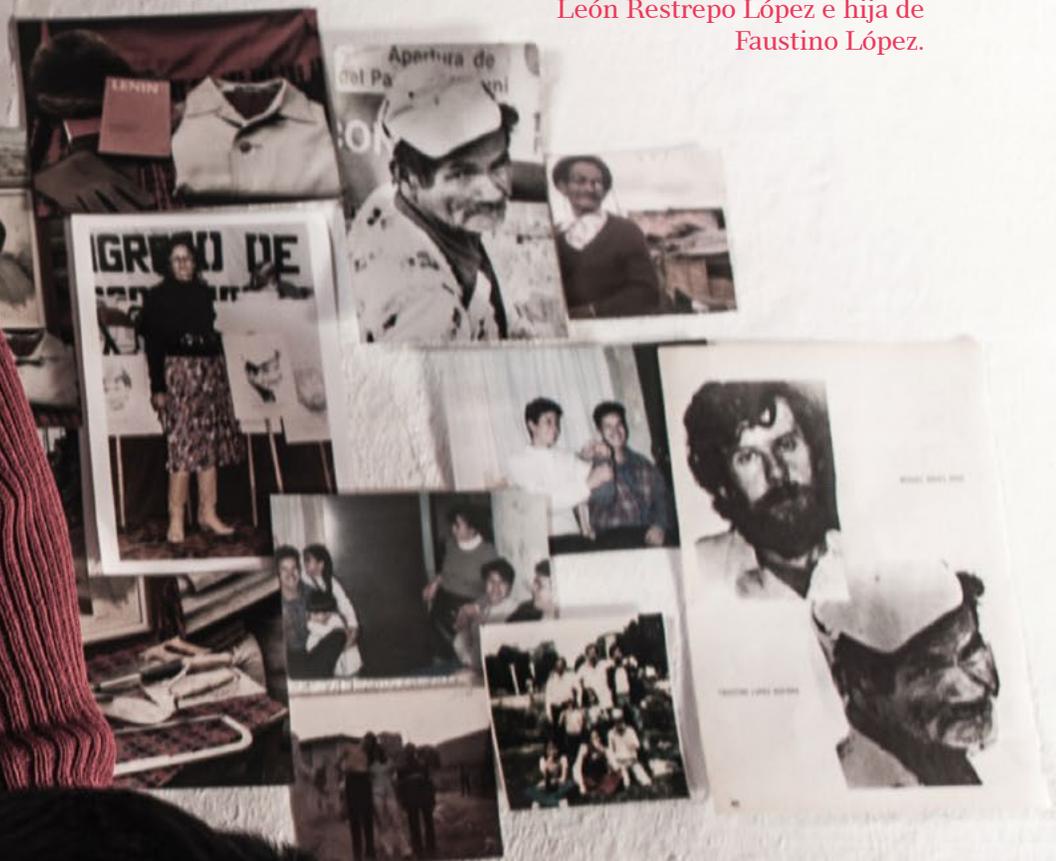
“Mi hijo, León Restrepo López -que en ese momento tenía 20 años de edad-, me dijo una tarde camino a casa: “Mamá, nos acaban de tomar una foto”. Yo le pregunté que quién porque no veía a nadie. Entonces seguimos caminando y, más adelante, me vuelve a decir: “Mamá, hoy nos tomaron una foto y mañana vendrán por nosotros”.

Al mes, el 23 de Octubre de 1996, después de que nos tomaran esa foto, me lo mataron. Me lo mataron porque yo nunca renuncié a buscar a mi Papá, Faustino López, uno de los primeros desaparecidos de la Unión Patriótica (UP) y víctima de los inicios del paramilitarismo.



Mi Papá, Faustino, era líder del Partido Comunista. Lo desaparecieron el 5 de Septiembre de 1984 en Puerto Boyacá, Magdalena Medio. Tenía 72 años y yo llevo 29 buscándolo. He sido perseguida, amenazada, casi me desaparecen a mi hija, he estado 2 veces en la cárcel sin justificación, pero aún no me rindo, ni me rendiré hasta que se sepa la verdad. Hoy, mi única compañía es Tomás, mi perro”.

Gladis López (integrante de Familiares Colombia), madre de León Restrepo López e hija de Faustino López.



Mi gringo

“Una amiga mía le trajo un muñeco a Fair desde Alemania, un ratón de peluche que le encantaba. Un día él estaba con su ratón debajo del brazo -tenía 18 años- y un muchacho lo miró y le dijo: “Uy, que pena usted tan grande con ese muñeco”. Se lo trató de quitar y en ese roce, se quedó con el brazo del muñeco. Él lloró mucho y yo le dije: “Papito yo le hago una manito y se la pego al ratón pero no me llore más”. Él era un niño en un cuerpo de adulto. Un cuerpo grande y fornido, parecía un gringo. Cuando yo tenía 5 meses de embarazo, un carro me atropelló y desprendió parte de su cerebro. Por eso nunca fue capaz de aprender a leer, a escribir o a identificar el dinero.

Por mi hijo venían y tocaban en la casa para que colaborara cargando escombros o lo que fuera. Preguntaban por el gringo y él les ayudaba, después, venía corriendo a mi casa emocionado y me decía: “Mami, mami, mire que me pagaron bien”. Le pagaban con monedas de 500 pesos o, más indignante, con billetes falsos. Eso me duele mucho. Cuando recuperé su cuerpo en una fosa común en Ocaña, Norte de Santander, el 26 de septiembre de 2008, la autoridad me llamó y me dijo que mi hijo era un Jefe de las Farc, imagínese cómo lo iba a ser si le pagaban con billetes falsos”.

Luz Marina Bernál (Líder del Colectivo Madres de Soacha), madre de Fair Leonardo Porras de 26 años, desaparecido el 28 de Enero de 2012. Fue presentado por el Ejército Nacional como guerrillero caído en combate.





Agradecimientos a la Asociación de Familiares de Desaparecidos Forzosamente por el apoyo mutuo. Familiares Colombia. Colectivo Madres de Soacha. Si desea ver el proceso de cómo se realizó Arbol adentro visite www.centrodehistoriahistorica.gov.co

COLOMBIA PREGUNTA

CNMH RESPONDE

@CentroMemoriaH

Javier Mora
@mastertic



¿Qué estrategias pedagógicas y recursos didácticos se incorporarán en colegios que atienden a población víctima del conflicto?

Desde el Centro Nacional de Memoria Histórica estamos creando una caja de herramientas pedagógica, dirigida a niños, niñas y jóvenes, así como a maestros y maestras de regiones afectadas por el conflicto armado. El objetivo de la caja es que los docentes puedan abordar en las aulas la memoria histórica del conflicto colombiano con enfoque diferencial y acción sin daño, apoyándose en el uso pedagógico de los informes del CNMH, con miras a fomentar el respeto a los derechos humanos y promover garantías de no repetición.

Para crear la caja de herramientas estamos recolectando testimonios de niños, niñas y adolescentes de varias regiones del país, pero también nos hemos apoyado en las prácticas y experiencias pedagógicas de otros países que han vivido en conflicto armado o en dictadura. A través del Seminario Latinoamericano de Experiencias Pedagógicas pudimos conocer las experiencias de países como Argentina, Chile, Perú y Guatemala. La iniciativa que impulsa el CNMH es pionera al involucrar como autores y gestores de la caja a docentes de distintas regiones del país.

María Emma Wills.
Asesora de la Dirección del CNMH

Juan Pablo Ospina
@JuanOspinaV



¿Me gustaría saber si luego de tanto investigar visualizan un “fin del conflicto” o creen que seguiremos sumando capítulos?

El fin del conflicto es un anhelo y aunque es difícil predecir cuándo se logrará, sí existen condiciones que pueden presionar y jugar a favor para que esta guerra termine. En primer lugar el hastío, el cansancio de las víctimas y de la sociedad, quienes no encuentran justificación alguna en la lucha armada para construir un país más justo. En segundo lugar el propio cansancio y el enorme costo que la guerra ha causado a los combatientes. Las muertes en sus filas y los escasos logros alcanzados obligan a plantear un escenario de decisiones y opciones políticas.

Ninguna guerra es eterna... ninguna sociedad está predeterminada a padecerla y creo que Colombia tienen en este momento en sus manos la posibilidad de cambiar la historia si acepta el camino de la paz, que aunque costoso y complejo, es un camino más esperanzador y digno. El camino de la guerra es en cambio más costoso y deja daños irreparables.

Martha Nubia Bello.
Coordinadora del informe ¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad.

Marda Zuluaga
@ArianaCarusi



¿Cómo han respondido al mandato paradójico de hacer una memoria nacional del conflicto que no sea una verdad oficial?

El cumplimiento del deber de memoria es una responsabilidad que compromete a los estados que están vinculados a la normativa internacional que rige estas materias.

El Estado debe propiciar, garantizar y consolidar las condiciones necesarias para que los distintos sectores de la sociedad: víctimas, academia, organizaciones sociales, de víctimas y de derechos humanos y el mismo Estado, avancen en ejercicios de reconstrucción de memoria como aporte a la realización del derecho a la verdad del que son titulares las víctimas y la sociedad.

Así lo dispone el artículo 143 de la Ley 1448 de 2011, Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, norma que además prohíbe a las instituciones del Estado impulsar o promover ejercicios de construcción de una historia o verdad oficial, que niegue, vulnere o restrinja los principios constitucionales de pluralidad, participación, solidaridad y los derechos de libertad, expresión y pensamiento.

Patricia Linares.
Asesora de la Dirección del CNMH

Rocío Triana
@esjulionojulia



¿Han explorado los testimonios de los menores? Eso enriquecería la reparación para ellos en particular.

En varios de los proyectos de investigación se han integrado relatos de niños, niñas y adolescentes de las comunidades con las que hemos trabajado. Sin embargo, en el 2012 el CNMH formuló un proyecto de investigación en el que se ha puesto en marcha una metodología específica para realizar procesos de reconstrucción de memoria con esta población, con el anhelo de contribuir a la reparación integral. Este proyecto se realiza en el marco de una alianza con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar- ICBF y la Corporación Opción Legal.

Para aproximarnos a las experiencias y a los testimonios de los niños, niñas y adolescentes, entendemos que se necesitan maneras y dispositivos pedagógicos específicos que garanticen la acción sin daño y un cuidado psicosocial. Además nos proponemos incentivar el reconocimiento, por parte de las comunidades, de recursos propios que ayuden a afrontar de la mejor manera posible las experiencias vividas.

La alianza entre CNMH e ICBF se fundamenta en que la reconstrucción de memoria histórica desde las voces de los niños, niñas y adolescentes ofrece insumos importantes para la Política de reparación integral de niños, niñas y adolescentes.

Paula Ila.
Investigadora del CNMH.

Angélica Vera
@angelika_093



Sé que hacen énfasis en la voz de las víctimas, ¿sería apropiado o útil hacer una historia desde los victimarios? ¿por qué?

El CNMH prioriza la voz de las víctimas pero considera todas las voces de la sociedad, incluidas también las de quienes han pertenecido a grupos armados comprometidos con hechos de violencia contra la población.

En la actualidad el CNMH cuenta con la Dirección de Acuerdos de la Verdad, encargada de recibir los relatos de personas desmovilizadas de grupos paramilitares, quienes suscribieron los Acuerdos de Contribución a la Verdad y la Reparación tratados por la ley 1424 de 2010. Estos testimonios se complementarán y contrastarán con otras contribuciones entregadas por personas, actores sociales, organizaciones de víctimas e instituciones, no firmantes del acuerdo pero que tienen la opción de contribuir si así lo odesean. Esta tarea será publicada en informes públicos al alcance de la sociedad colombiana.

Álvaro Villarraga.
Director Acuerdos de la Verdad.

EL LUGAR DE LA MEMORIA QUE SONÁMOS

Otra de las misiones del CNMH es diseñar y construir un Museo Nacional de la Memoria. Un museo que construimos entre todos. Le preguntamos a varios líderes regionales qué se imaginan como un lugar de la memoria. Estas son algunas de sus respuestas.

CONSUELO YANQUEN

San Martín, Meta.

Me imagino un parque arborizado donde cada familia pudiera tener un monumento en cada árbol por sus familiares muertos. Que yo me pueda sentar alrededor del árbol y hacer un fiambre... jugar ahí. Quiero un espacio con vida y no un museo de cemento.





SOCORRO MOSQUERA

Medellín, Antioquia.

Aquí los museos han sido oscuros y en silencio pero este tiene que ser alegre a pesar de que muestre cosas feas. Debe ser bulloso, vivo, con gente de todas las clase donde, especialmente los niños y niñas, puedan reflejar sus vivencias y pensamientos.



CONSUELO VALENCIA

Trujillo, Valle.

Uno puede tener un lugar de memoria desde las cosas que uno sabe hacer. Si toda la vida yo he criado gallinas criollas y he cultivado mi jardín; pues, entonces, es desde ahí donde puedo hacer memoria.

ERNEY ZAMBRANO

La Unión Peñeya, Caquetá

Para mí debe ser un museo con una pila de agua y una chorrera a lado y lado. En cada chorro van los nombres de los pueblos que han sufrido y desde arriba va saliendo más agua para ver que podemos renacer. Que nos laven la imagen de los caqueteños. No todos somos guerrilleros. Por eso el museo debe tener el estilo del agua.



MARÍA TERESA BELTRÁN

Milán, Caquetá

Me gustaría un museo abierto. Y, lo más importante, es que sea amplio porque no podemos cerrarlo. Estamos en tiempo de guerra todavía y no sabemos cuántas víctimas y horrores más se van a sumar.



CARTA 1

Manuel
Edad: 8 años.



Todos hablamos de paz y reconciliación pero es algo que nosotros en Colombia no hemos visto hace tiempo. La violencia es algo que hace que nos veamos muy mal, como agresivos, como si fuéramos caníbales armados con bombas y revólveres. Antes de agarrar un arma debemos pensar el daño que podemos hacerle no solo a nuestras familias, sino a las de los demás. Nuestro gobierno solo piensa en las personas que dan donaciones a las campañas y no se preocupa por nosotros, las personas luchadoras que tienen que trabajar duro para conseguir el pan de cada día. Nosotros los de la comunidad más crítica de Medellín, la Comuna 13.

Al decir Comuna 13 las personas piensan que todo es violencia. No, también hay resistencia ante el olvido. Nadie sabe el dolor de una madre al saber que un hijo ha muerto por culpa de la fuerza pública que indiscriminadamente dispara hacia el cielo. Nadie sabe el hambre que puede tener un niño en su casa porque a sus padres no les alcanza el dinero debido a que ganan eso que llaman un mínimo, y eso que el mínimo es mucho porque en realidad les suelen pagar menos a las personas que viven en la Comuna 13 solo por ser de esta hermosa comuna, porque sí es muy hermosa pero se le discrimina.

Me acuerdo mucho de esa persona que era muy especial para mí y mi familia. Pero en ese tiempo había un conflicto entre los barrios Belencito y La colina, y mi tío llamado Víctor, que era uno de mis tíos favoritos, vivía en Belencito y nosotros los familiares vivíamos en La Colina. Mi tío nos visitaba mucho hasta que pasó algo y ya no nos visitaba. Pasaba y seguía derecho y ya ni nos miraba. Él subía de su trabajo y no nos saludaba. Era porque estaba amenazado.



CARTA 2
Daniel
Edad: 14 años.

Hubo un tiempo en el que ni siquiera pasaba por esa calle y ya no lo podíamos ver. Después de unos días, llegó del trabajo, sacó sus llaves de la puerta y, al abrirla, lo mataron. Le dieron unos tiros en la espalda y una patrulla de la policía lo bajó al hospital. Cuando mi familia pudo bajar al hospital seguía con vida, hasta que el teléfono sonó y la noticia que recibimos era que él estaba muerto. Nos dio muy duro.

Ver a mi tío allí en esa caja y saber que yo no lo podía volver a ver me dio muy duro. Recuerdo cuando jugábamos fútbol. Fue la única persona que corrió conmigo cuando me quebré la mano. Si no hubiera sido por él, hoy no tendría el brazo derecho. Pero yo sé que él donde está nos está ayudando a mí y a mi familia. Él para mí estará siempre en mi corazón.

Víctor: te extraño mucho. Donde estés recuerda que todos te queremos, fuiste como un papá para mí, me diste consejos y muchas cosas. Tu memoria estará siempre con nosotros.

CARTA 3

Sofía

Edad: 11 años.

Mamita



Hace mucho tiempo se me murió mi mamita y ella me daba muchas cosas y me contaba chistes, jugábamos y a veces me pegaba y algunos días nos íbamos para la finca de ella. Me hacía muy feliz hasta que un día vino la tristeza porque me la mataron y me sentí muy mal. Me hace mucha falta. Ya no tengo con quien reírme. Me sentía triste. Un día mi tía y mi mamá me dijeron: “¡no estés triste! que la mamita todavía te quiere mucho”. Se me subió la moral y aquí estoy, recordando.

CARTA 4

Sebastián

Edad: 14 años.

Mi papá



Hace tiempo, por causas indescriptibles, se murió una de las personas más importantes de mi vida. Fue en diciembre después de haber ido a un paseo con él. Todo pasó por la noche. Los de mi casa nos dimos cuenta por una llamada. Nos alteramos todos y fuimos a ver si todo era verdad. Entonces una patrulla de la policía nos ayudó a ir para hacer el levantamiento. Yo no sé muy bien pero como a los cinco días del asesinato todos los que lo asesinaron fueron atrapados y juzgados, entonces todos se fueron para la cárcel.

Con mucha tristeza afrontamos todo como una familia, muy fuerte ante todo esos ratos tan angustiosos que pasamos por esos días. Además, por esos días fue el cumpleaños de él y me dolió mucho más porque en vez de quebrarle huevos le di rosas.

CARTA 5

Alejandro

Edad: 7 años.

A mi papá que yo lo quería cuando estaba vivo, ahora está muerto y me da mucha tristeza.



“En 2012, el CNMH en alianza con el ICBF y Opción Legal, formuló un proyecto de investigación -aún en desarrollo- desde la perspectiva de memoria, a través del cual se implementó una ruta metodológica específica para llevar a cabo procesos de reconstrucción de memoria con niños, niñas y adolescentes, en perspectiva de contribuir a la reparación integral”.

¿Cómo investiga el CNMH?

Texto: Tatiana Peláez

Fotografía: Álvaro Cardona

Investigadores

En este momento El Centro Nacional de Memoria Histórica tiene más de 20 proyectos de investigación en curso con todo tipo de temas: desplazamiento forzado, enfoque étnico y de discapacidad, antropología forense, desaparición forzada, periodistas y medios colombianos en medio del conflicto, exterminio de la UP, tierras del Valle del Cauca, limpieza social en Ciudad Bolívar, masacre de Santa Cecilia, escuelas en zonas de conflicto... y, para lograr los hallazgos deseados, hay 119 investigadores en pueblos, caseríos, inspecciones de policía y capitales, con la misión de entrevistarse con vecinos de estas comunidades y líderes locales. La idea es recoger la mayor cantidad de información posible, analizarla y, al final, escribir los informes que, año tras año, el CNMH presenta al país.

Esta es la historia de dos investigadores que se llevan más de cincuenta años de diferencia, cada uno en un proyecto diferente. Tal vez ni se conocen. Los dos hacen lo mismo: reconstruir la memoria histórica de Colombia.



LUISA FERNANDA ISIDRO

3 de mayo de 1991

Luisa Fernanda Isidro es la investigadora más joven del Centro Nacional de Memoria Histórica, tiene 22 años y apenas está terminando la carrera de Ciencia Política en la Universidad de Los Andes. Su tesis “La influencia del conflicto armado en las mujeres indígenas del Cauca” fue la excusa para acercarse al Centro.

Cuerpos desmembrados, fosas comunes, archivos empolvados, testimonios de horror. Ese es el mundo de Luisa desde hace 6 meses cuando entró a formar parte del proyecto “Memoria histórica: miradas de la antropología forense”, cuyo objetivo es aportar, desde el conocimiento antropológico y forense, a la verdad histórica del conflicto armado del país entre 1985 y 2012.

Al principio, Luisa se sintió un poco perdida: frentes paramilitares, cabecillas, estrategias de guerra. Pero gracias al apoyo de los demás investigadores obtuvo contexto y se apropió del tema. Hasta el momento han recolectado información sobre los hechos de la masacre de Puerto Torres, Belén de los Andaquíes, Caquetá a manos de las AUC.

Pero el trabajo de Luisa es desde Bogotá. Su misión, por ahora, es transcribir las entrevistas y aunque suena aburrido y tedioso, para ella “Escuchar los audios con testimonios de víctimas y victimarios es muy diferente a leerlos en la prensa”.

Las transcripciones y las historias de sus colegas le han despertado las ganas de viajar, de meterse a fondo en los testimonios, de hablar con más gente, de leer más, de seguir siendo investigadora del Centro Nacional de Memoria Histórica.

“Yo imaginaba que había límites para la inhumanidad y para hacer daño al otro. Ahora sé que no los hay”.

JUAN FERNÁNDEZ CARRASQUILLA

20 de julio de 1940

Juan Fernández es un hombre obsesivo con su biblioteca. Tiene más de mil títulos, perfectamente codificados, la mayoría de derecho penal. Le gusta la fotografía, habla muy despacio y apenas lo necesario. Juan tiene 73 años, es investigador del Centro Nacional de Memoria Histórica y se considera, apenas, un aprendiz.

El investigador es Doctor Honoris Causa en Derecho de la Universidad de Medellín y ha escrito diez libros, tres este año. Ha sido profesor pero su máximo orgullo es haber cursado toda la carrera judicial: empezó como juez en Jericó, Antioquia, y llegó a ser magistrado de tribunal superior y fiscal del Consejo de Estado. Se jubiló a los 55 años.

En el 2012 se vinculó al CNMH como asesor en derecho penal del proyecto “Derecho a la justicia como garantía de no repetición”, que está en pleno desarrollo bajo la dirección de otra abogada 24 años más joven que él. El objetivo es ambicioso: determinar por qué y en qué medida para las víctimas es difícil acceder a la justicia en Colombia. El año pasado, basándose en la prensa y en anteriores investigaciones del CNMH, Juan y los demás miembros del equipo preseleccionaron algunos casos representativos de graves violaciones a los derechos humanos y al acceso a la justicia.

Ser el más viejo del equipo investigativo del CNMH, no parece importarle, lo disfruta. Siente que pone en práctica su vocación de docente y eterno aprendiz.

Ser el más viejo del equipo investigativo del CNMH, no parece importarle, lo disfruta. Siente que pone en práctica su vocación de docente y eterno aprendiz: “a mí me gusta la relación con los jóvenes, aprendo de ellos. Si no envejezco intelectualmente es gracias a ese contacto”. 



La mala memoria de la T.V.

Omar Rincón.

Las memorias que nos quedan en nuestro cerebro social sobre Colombia y sus modos de ser están marcadas por el relato televisivo: Somos un país que ríe mucho (luego Sábados Felices, Pedro el escamoso y Germán es el man), que tiene mujeres guerreras y dignas (luego Betty y Gaviota), que nos hacemos en sabores caribe (luego somos Escalona, Caballo Viejo, Las Juanas), que nos cantamos en ritmos populares (luego somos vallenato, tropical y ranchera).

Pero, todo cambió en el siglo XXI: ahora somos un país de mujeres-carne-deseo (Sin tetas no hay paraíso, Rosario Tijeras, La Mariposa, Las pre-pago) y narcos-paras heroicos (El Cartel, El Capo, Escobar, los 3 caínes). RCN y Caracol dicen apostar por un país de valores y en paz pero lo que hacen es “poner en memoria” y “celebrar” como héroes a los malos.

¿Por qué pasa eso? Porque a los canales les interesa el rating y el billete, y para tener audiencia hay que estar cerca de “la sensibilidad colectiva”: y de alguna forma en el imaginario colectivo nacional se instaló el asunto de que los paracos fueron un mal necesario y los narcos una manera legítima de ascender en Colombia.

Escobar, el patrón del mal (Caracol) representó a un gran Pablo que tenía buenos motivos para matar y traficar y chantajear, y era buena persona porque amaba a su familia y amigos y ayudaba a su pueblo. Por eso, terminamos amando a pablo y odiando a los políticos y periodistas.

Los 3 caínes (RCN) justifica todas las maldades que hacían estos chicos Castaño, ya que siempre tenían una buena razón, mientras los buenos eran puros muerticos de videogame. Por eso, acabamos justificando a los para como mal necesario.

La televisión por ser el más común de los alimentos simbólicos de una sociedad suscita preguntas sobre qué memoria estamos produciendo en Colombia. Mientras en el proyecto de Memoria Histórica se produce una memoria densa, diversa y conflictiva desde el punto de vista de las víctimas y los derechos humanos, en RCN y Caracol se produce una memoria desde los victimarios y la barbarie.

La memoria para que exista se debe convertir en relato: y su relato tiene sentido en cuanto incomoda y molesta a los poderes y verdades instaladas; evita el silencio y el olvido; crea conciencia pública y cambio social. Por eso, algunos, quisiéramos ver otras historias sobre cómo es y cómo ha sido la Colombia... no solo las versiones de la guerrilla, los paracos, los paramilitares, el sexo-pago...



Puesta en escena

Ricardo Silva Romero



Narrar la guerra

Piedad Bonnet

Colombia ha tenido memoria de puertas para adentro. Si llegáramos a entrar en cada habitación de las nuestras, si descendiéramos como arqueólogos o nos refugiáramos como niños perdidos en las casas ajenas, entonces nos veríamos rodeados –en las paredes y en los cajones– de suvenires traídos de todos los lugares de la vida: cada familia vive en su propio museo. Pero de puertas para afuera nos ha costado sangre y más sangre ponernos de acuerdo en cuál ha sido nuestra historia: cercados por la guerra, y acostumbrados a la violencia igual que a la lluvia, hemos tenido familias pero su suma no ha dado como resultado una sociedad, hemos tenido comunidades pero no hemos alcanzado a completar el rompecabezas de una nación. Ha hecho falta un Estado que no abandone la tierra ni se vengue de quienes la usurpen. Ha hecho falta la educación que no se le resiste al pasado. Y ha hecho falta esa “increíble pero cierta” versión de los hechos –esa narrativa que nos redime y nos reúne– que se llama la justicia.

Creo, no obstante, que nuestros más valientes narradores (desde los novelistas de esta vorágine hasta los investigadores del Centro Nacional de Memoria Histórica) han conseguido conjurar el horror así esté lejos de acabarse: suele narrarse lo que ha terminado de pasar, pero, ante la evidencia de que aún nos acorrala este conflicto que ya es un oficio, nuestros autores se han empeñado en contar el infierno con la esperanza de que un día nadie quiera repetirlo. Pienso que ese es el camino: que tenemos que poner en escena las verdades de la guerra, con sus hermosas escenas de resistencia y sus monólogos mezquinos y aterradores y devastadores, con sus víctimas y con sus victimarios, para que poco a poco se vaya llenando el auditorio de colombianos que no nieguen que todo esto –esta secuencia de secuestros, invasiones, asesinatos, masacres y torturas– ha estado pasando en su Colombia.

A mediados de octubre el Consejo de Estado condenó al Ejército a contar, en un documental, cómo soldados del batallón Ayacucho torturaron y asesinaron a Luis Fernando Lalinde en octubre de 1984. La disposición resulta significativa y novedosa, pues apunta a lo que se ha ido consolidando como propuesta en la tarea de reconciliación para obtener una paz verdadera: la de producir una narrativa de la violencia que permita, tanto a las víctimas como al pueblo colombiano, aproximarse a la verdad de los hechos.

En este caso, la historia por contar se le ha propuesto al victimario. Pero narrar es también una posibilidad muy importante para las víctimas. En el curso de una guerra como la que vive Colombia, nada hay que atormente más al familiar herido por la desaparición o por la muerte violenta de su ser querido que las preguntas definitivas: ¿por qué? ¿cómo? ¿quién? Impelido por la tristeza o la desesperación, y a menudo por el resentimiento, el deudo necesita indagar por los hechos, y construir luego una historia que le ayude a hacer su duelo y a reconciliarse. Hannah Arendt propone que contar historias puede ser un recurso salvador para los que no poseen poder social, porque les permite sentir que poseen un mínimo de control sobre la realidad trágica que se les escapa. Aunque es posible que la verdad objetiva no aflore en las historias resultantes, la verbalización permitirá consolidar en discurso lo vagaroso, y facilitará a la víctima ir sanando lentamente las heridas.

Narrar permite superar el miedo, sobrellevar la tristeza, reconciliarse con la terrible realidad; salir de la soledad y el aislamiento en el dolor e ir hacia el otro; generar diálogo y construir memoria. Si queremos ir hasta el fondo de nuestra conciencia social estamos, pues, obligados a consignar el testimonio de la guerra, ya sea a través del documento o del arte, dos formas importantes de encontrar sentido.

DERECHO A LA VERDAD

Por: Altaig & MARIAP



Me da miedo hacerlo, pero quiero hablar, quiero seguir adelante.



Conocí que mi grupo cometió muchos crímenes...

...Conocí situaciones que afectaron a muchas personas



No lo merecían.

Algunos ex-compañeros me han dicho que no lo haga, que me quede callado. Que no vale la pena abrir la boca...



Tengo miedo de hablar, pero tengo buenas razones para hacerlo, y no tiene que ver sólo con la posibilidad de perder la libertad o saldar mis cuentas con la justicia.

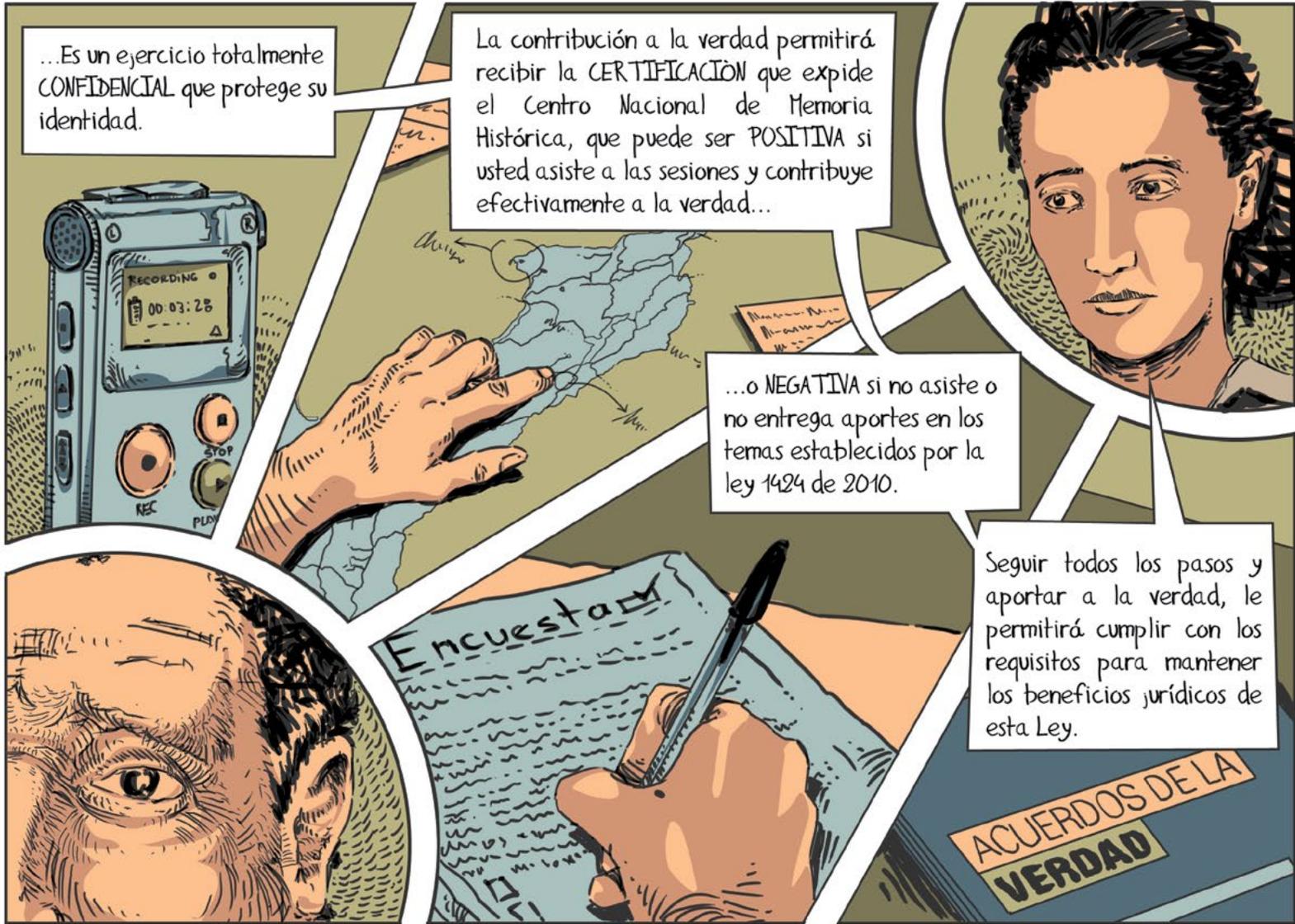


... ¿Quiero saber si esto es seguro, si puedo hablar con tranquilidad?



Centro Nacional de Memoria Histórica

La contribución a la verdad es un mecanismo **NO JUDICIAL** de esclarecimiento histórico. las contribuciones que entregue no tendrán implicaciones penales para usted o su familia...



...Es un ejercicio totalmente **CONFIDENCIAL** que protege su identidad.

La contribución a la verdad permitirá recibir la **CERTIFICACIÓN** que expide el Centro Nacional de Memoria Histórica, que puede ser **POSITIVA** si usted asiste a las sesiones y contribuye efectivamente a la verdad...

...o **NEGATIVA** si no asiste o no entrega aportes en los temas establecidos por la ley 1424 de 2010.

Seguir todos los pasos y aportar a la verdad, le permitirá cumplir con los requisitos para mantener los beneficios jurídicos de esta Ley.

ACUERDOS DE LA VERDAD



Entendí que puedo contribuir a que las víctimas puedan conocer lo que sucedió, lo que pasó con sus familiares, lo que nos pasó a todos.

Contribuir con la verdad permite que las víctimas recuperen su dignidad.



Que elaboren su duelo y se avance en la construcción de una sociedad respetuosa del derecho a la verdad.



Yo lo hago por mi hijo, por mi familia.



...No deseo que mi familia lleve la carga de los errores que cometí. Quiero que viva en una Colombia mejor.



El Acuerdo de Contribución a la Verdad Histórica y a la Reparación es un compromiso de cada desmovilizado y del Estado con las víctimas y la sociedad...



...Para aportar a que la verdad no se olvide y no se repitan los graves hechos de violencia ocurridos.

ro de
Historia
Historica



Centro Nacional
de Memoria Histórica

ACUERDOS DE LA
VERDAD



CERTIFICACIÓN
POSITIVA

DIRECCIÓN DE ACUERDOS DE LA VERDAD

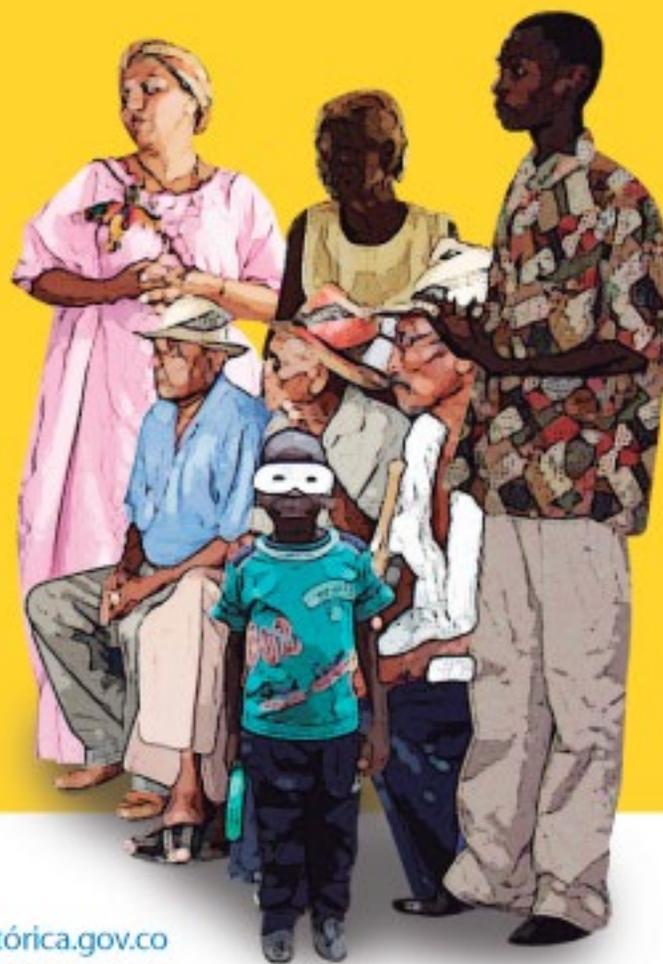


LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA NECESITA DE TODAS LAS VOCES

La Dirección de Acuerdos de la Verdad convoca a la población desmovilizada de grupos paramilitares a atender los acuerdos de la verdad, conforme a la ley 1424 de 2010 e invita a participar con sus contribuciones a víctimas, organizaciones sociales, instituciones y en general a la sociedad colombiana.

Sus aportes a la reconstrucción de la memoria histórica son fundamentales para la reparación a las víctimas.

Atienda su cita con la verdad y la memoria histórica del país.



Escribanos a: yoaportoalaverdad@centrodememoriahistorica.gov.co
Más información en: www.centrodememoriahistorica.gov.co

¡BASTA YA!

COLOMBIA: MEMORIAS DE GUERRA Y DIGNIDAD

